



Equipo de redacción



SAN JORGE



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-59 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: M^a Sancho Menjón Ruiz

I.S.B.N.: 84-95306-39-5

Depósito Legal: Z. 1138-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



Introducción	5
LA HISTORIA Y LA LEYENDA	9
El relato más antiguo de su martirio	9
Difusión del culto a San Jorge	13
La versión “oficial” del martirio de San Jorge	15
SAN JORGE EN OCCIDENTE	22
Las Cruzadas y el afianzamiento de su devoción en Europa	23
San Jorge y el Dragón	27
SAN JORGE Y ARAGÓN	33
Su presencia como protector en las batallas	33
La devoción de los reyes de Aragón por el santo	43
Patrón de Aragón	49
LA CELEBRACIÓN DE SU FIESTA	58
La fiesta de San Jorge en las Edades Media y Moderna	59
La fiesta en la actualidad. El Día de Aragón	66
SAN JORGE EN EL ARTE	81
Bibliografía	94

INTRODUCCIÓN



De muy pocos santos se puede decir, como de San Jorge, que hayan gozado, a lo largo de la Historia, de una devoción tan extendida por todo el mundo. Por doquier se le han dedicado iglesias, capillas y altares e incluso países, su figura ha inspirado miles y miles de obras tanto literarias como artísticas, y bajo su advocación se han emprendido incontables empresas, muy especialmente las militares.

Este fenómeno ha suscitado también el interés de los historiadores, pues con San Jorge se da el paradójico caso de que la popularidad de que goza se ha basado, casi por completo, en relatos legendarios, fantásticos, que hacían de él un valeroso caudillo en las batallas, un héroe romántico vencedor de un terrible dragón que representaba al mal y un extraordinario mártir de la fe, pues los suplicios que sufrió por defender su religión fueron largos en extremo e, incluso, hubieron de darle muerte por tres veces.

De todos esos relatos, sin embargo, apenas pueden extraerse unos escasísimos datos fiables sobre su figura: tan sólo, que nació en Capadocia (actualmente, Turquía asiática), en las últimas décadas del siglo III; que fue militar y formó parte de las tropas imperiales romanas como *comes* (“conde”) al mando de un contingente de soldados;

y que murió un 23 de abril, durante las persecuciones que ordenaron los emperadores Maximiano y Diocleciano contra los cristianos, en el año 303.

Una información, como se ve, tan exigua que la propia Iglesia mostró siempre muchas reservas acerca de la existencia de este santo o, al menos, de la veracidad de los relatos que narraban su historia y su martirio. Reservas que hicieron que en 1961 su fiesta se suprimiese del santoral, quedando reducida a simple conmemoración, y que en 1969 se trasladase la fecha de esta conmemoración al 1 de enero, junto con la de otros santos como Nicolás y María Goretti.



San Jorge, grabado de Durero de 1508

Esos recelos que desde muy pronto mostró la Iglesia no fueron, sin embargo, obstáculo para que siguiera viva la devoción por San Jorge, nacida también tempranamente: muy poco tiempo después de su martirio, ya se le rendía culto en una amplia zona en torno a Capadocia y en el Levante mediterráneo,

en Asia Menor. En la Antigüedad Tardía y primeros siglos de la Edad Media comenzó a ser conocido en Occidente. Sin embargo, su verdadera difusión en Europa se produjo a partir de finales del siglo XI, a medida que los combatientes cruzados regresaban de Oriente y traían noticias del culto a San Jorge en aquellas lejanas tierras, donde era llamado el “megalomártir”. Por su condición de guerrero invencible, muchos caballeros cristianos y varios soberanos se encomendaron a su protección y lo eligieron como patrono. Eso es lo que ocurrió en Aragón, y de ahí arranca la vinculación de los territorios de su Corona con este santo, mantenida hasta la actualidad. San Jorge sigue siendo el patrón de muchos de ellos, el 23 de abril es el Día de Aragón y su emblema, la cruz roja sobre fondo blanco, es la enseña de las tres provincias de la Comunidad: todas tienen la misma bandera, la de San Jorge, y sólo se diferencian en que, en el lugar del cruce de los travesaños, varían los respectivos escudos.

De la historia y las leyendas de San Jorge, de la expansión de su culto y de su relación con Aragón se hablará seguidamente, con la intención de despertar el interés del lector. Y quien desee ampliar la información aquí contenida debe acudir a la magnífica obra que la Caja de Ahorros de la Inmaculada editó para conmemorar el día de San Jorge de 1999: *El Señor San Jorge, Patrón de Aragón*, de Francisco Marco, Guillermo Redondo y Alberto Montaner. Estas páginas son ampliamente deudoras de ese trabajo.



*Pasión de San Jorge, icono por Nemeb de Alepo, de 1701,
en el monasterio de Balamand, Líbano*

LA HISTORIA Y LA LEYENDA



EL RELATO MÁS ANTIGUO DE SU MARTIRIO

San Jorge es conocido, sobre todo, por la leyenda que narra su victorioso combate con un dragón y la salvación de una princesa de una muerte segura entre sus fauces. Su imagen más repetida, en cuadros, retablos, estampas, tallas e incluso monedas y sellos, es la que lo representa sobre un caballo blanco y hundiéndolo en la fiera, o hiriéndola con su espada, mientras ésta se retuerce, espantosa, a sus pies.

Sin embargo, los testimonios más antiguos que narran la historia del santo nada dicen de este episodio. Datados a finales del siglo IV o principios del V (no mucho tiempo más tarde, pues, de la fecha de su martirio), y escritos, según se indica en el propio texto, por un compañero de San Jorge llamado Pasícates, lo que se cuenta en ellos es lo siguiente:

Jorge era un joven militar nacido en Melitene, ciudad de Capadocia situada junto al río Éufrates, e hijo de una familia noble y cristiana. Muerto su padre cuando él era niño, fue educado como soldado por el gobernador de Palestina, quien, dada la valía del muchacho, llegó a asociarlo al gobierno de aquella región y le legó toda su fortu-

na. Según la leyenda, en esa época un emperador persa llamado Daciano o Dadiano (personaje fantástico, puesto que no existió en Persia ningún soberano de tal nombre) fue persuadido por el Diablo para que llevase a cabo una persecución contra el cristianismo. Jorge era ya entonces un brillante oficial romano de caballería, famoso por sus hazañas. Llegado el joven capadocio a la Corte de Daciano, en Tiro, hizo pública su condición de cristiano, por lo que fue sometido a innumerables tormentos que se prolongaron nada menos que durante siete años. Ése es el motivo de que a este santo se le llame “megalomártir” (del griego *megalo-*, de *mégas*, grande, y “mártir”).

El texto de Pasícates enumera algunos de los suplicios terribles que padeció: fue despeñado por un precipicio, se le ató a un potro de tortura y a una rueda con clavos, se le colocó en una parrilla ardiente y en un lecho de hierro también al rojo vivo, fue herido por uñas de hierro y por fuertes golpes dados con mazos de hierro, se le obligó a calzar unas sandalias con clavos, soportó el peso de una gran roca sobre su cabeza y de una columna enorme sobre su pecho, se vertió plomo líquido sobre él, fue encerrado en un toro candente de bronce, fue lanzado a un pozo atravesado por hierros ardientes y, en otra ocasión, con una roca atada a su cuello, etc.

Tales tormentos acabaron por tres veces con la vida del mártir, pero otras tantas resucitó por intervención divi-

na: en una de ellas, por ejemplo, el cuerpo de Jorge había sido cortado en pedazos y arrojado a un pozo, pero San Miguel descendió del cielo y los reunió, devolviéndole la vida, al tiempo que se desencadenaban truenos, relámpagos y extraños fenómenos en la Naturaleza. Aquella resistencia increíble del santo y los maravillosos sucesos que rodearon su suplicio provocaron la conversión de decenas de miles de personas, entre ellas la propia mujer de Daciano, la emperatriz Alejandra, quien por esta causa sufrió el martirio junto con Jorge. Pero, además, se narran otros muchos prodigios protagonizados por el santo: en una ocasión, obligado por el emperador, Jorge acude al templo de Apolo y obliga al dios a confesar que es Satán, el ángel caído, con lo que demuestra la falsedad de la fe pagana frente a la autenticidad de la cristiana.

También es destacable el episodio en el que se enfrenta a un mago llamado Atanasio, que Daciano había hecho venir para combatirlo, persuadido como estaba de que la sobrenatural resistencia del santo



Suplicio de San Jorge con una rueda de cubillos, detalle del icono de Balamand, Líbano

a los tormentos se debía a artes mágicas; Jorge vence nuevamente, pues en él no hacen efecto hechizos ni pócimas venenosas, por lo que Atanasio se convierte al cristianismo y, acto seguido, es ejecutado.

Finalmente, Jorge fue decapitado el octavo día antes de las calendas de mayo, a la hora sexta (o sea, el 23 de abril a mediodía), y entregó su alma a Dios. En ese momento, un torbellino de fuego descendió de las alturas y se llevó a Daciano. Los compañeros del santo llevaron su cuerpo desde Tiro, donde se había producido el martirio, a la ciudad de Lydda (antigua Dióspolis y actual Lod, en Israel), y allí fue sepultado.

El relato es tan fantástico que la Iglesia lo rechazó muy pronto, por considerarlo obra de herejes: en el año 494, el papa Gelasio I declaró apócrifo el texto atribuido a Pasícra-tes y prohibió su lectura en las iglesias de Occidente. En Oriente, sin embargo, el rechazo oficial tardó bastante más en producirse: la figura de San Jorge se había hecho tan popular que hubo que esperar hasta el siglo IX para que un patriarca, Nicéforo, condenase también esta versión de su historia.

Ciertamente, la figura de San Jorge presentaba muchos aspectos atractivos que explican por qué las gentes se sintieron inclinadas a venerarla: joven apuesto, de origen noble y valeroso soldado, había soportado numerosos suplicios para dar testimonio maravilloso de su fe, mientras

obrava grandes prodigios; y con ello había vencido doblemente al cruel Daciano, personificación del mal, pues no sólo provocó numerosas conversiones de paganos al cristianismo, sino que, tras su muerte, el propio emperador había sido destruido por intervención divina. Y todo eso lo había conseguido en su condición de simple ser humano; tal manifestación del poder del bien no era obra de un ángel, ni de una divinidad, sino de un mortal, de un ser de carne y hueso.

DIFUSIÓN DEL CULTO A SAN JORGE

Existen muchos indicios que atestiguan la temprana popularidad de que gozó la figura de San Jorge, especialmente en el área próxima al escenario donde se sitúan su vida y su martirio (en torno a la antigua Jaffa, actual Tel-Aviv, en Israel), y de su rápida difusión por Palestina, Siria, Egipto y otras regiones de Asia Menor: se han encontrado diversas inscripciones, datadas entre los siglos IV y VI, que hacen referencia a la construcción de templos dedicados al mártir, y también algunas representaciones iconográficas relevantes, como las halladas en el antiguo monasterio de Bawit (Al-Ashmunayn, Egipto), de los siglos V-VI y en las que el santo aparece por primera vez a caballo, matando con su lanza a un ser maligno con forma de serpiente.

Además, las fuentes literarias proporcionan otras noticias acerca de la dedicación de templos a San Jorge, corro-



San Jorge a pie, vestido a la romana, pintura de los siglos V-VI en Bawit, Egipto; véase a la derecha el nombre del santo, en griego: Georgios

boradas en algunas ocasiones por la arqueología. Una *Crónica* de 518, escrita por Hesiquio de Mileto, afirma que Constantino *el Grande* ordenó construir uno en Constantinopla en el año 330 (iniciativa secundada en la misma ciudad, en el siglo VII, por el emperador Mauricio, quien le erigió nuevos santuarios), dato que recogen los martirologios griegos. Asimismo, en Shaqqa, la antigua *Saccaea*, en Palestina, se le dedicó tempranamente una iglesia, tal como atestigua una inscripción hallada en esa ciudad, en la que se afirma que el «templo del victorioso mártir Jorge» fue ampliado en el año 367 de la Era. Según otros relatos, Constantino dispuso también que se edificase un magnífico templo en Diópolis para custodiar el sepulcro del santo. Precisamente fue la noticia del hallazgo de su

tumba en ese lugar, difundida en el siglo VI por el *Peregrino de Piacenza-Italia*, la que contribuyó de manera más decisiva a afianzar su devoción y a ampliarla a zonas muy alejadas. A Lydda acudían para venerar al santo peregrinos de todas partes, tanto cristianos como musulmanes (pues éstos también consideraban a Jorge, a quien llamaban Khidr —Jidr—, una figura digna de devoción), y allí se guardaban las que se tenían por sus verdaderas reliquias.

En el siglo VI, las noticias sobre la consagración de templos a San Jorge son más abundantes, especialmente en la zona sirio-palestina, donde se convirtió en uno de los santos más populares: se levantaron monasterios en Jerusalén y Jericó; en Izra (Siria), se transformó un templo pagano en iglesia a él dedicada; en Busra (la antigua Bostra, también en Siria), se fundó una capilla bajo su advocación a la que aún hoy peregrinan para rendirle culto los cristianos y musulmanes de la zona; y quedan indicios de fundaciones similares de esta época en las ciudades de Zorava, Batania, Edesa o Siceón, entre otras. También al siglo VI debía de corresponder la iglesia erigida en su honor en Damasco, pues la documentación afirma que se trataba de un centro muy frecuentado por los fieles ya en el siglo VII.

LA VERSIÓN “OFICIAL” DEL MARTIRIO DE SAN JORGE

Mientras tanto, habían empezado a hacerse traducciones del relato antiguo que narraba el martirio y milagros del

santo (modalidad de fuente documental que recibe el nombre de *Actas*), originalmente escrito en griego, que circulaban por muy diversas regiones de Asia y el Norte de África. Se redactaron versiones en latín, siríaco, copto, armenio y etiópico, además de otras nuevas en griego, que introducían variantes en el texto. Algunas de esas versiones, aunque mantuvieron en esencia lo fundamental del relato fabuloso de Pasícates, procuraron eliminar o reducir las partes que parecían más fantásticas al objeto de hacerlo más creíble, a la vez que se preocupaban por situarlo en un contexto histórico verosímil, aspecto que las *Actas* antiguas habían despreciado por completo. El martirio de Jorge, pues, se situó en la época de Diocleciano, protagonista maligno de los nuevos textos, y más concretamente en la Corte de este emperador, localizada en Nicomedia de Bitinia (es decir, en Asia Menor, convenientemente cerca de Capadocia), en correspondencia con la realidad histórica de las persecuciones contra los cristianos. Se suprimieron, además, determinados pasajes que no encajaban con la mentalidad grecorromana, ya que en ellos aparecían elementos vinculados a las creencias orientales propias de la zona en que se habían escrito las *Actas*, Capadocia, muy influida por la religiosidad irania y judía.

De modo que, al cabo, asumida la popularidad de que gozaba San Jorge en Oriente, la Iglesia volvió a admitirlo entre los santos mártires cristianos. Pero lo hizo no sobre los textos más antiguos considerados heréticos, sino sobre bio-



*San Jorge a caballo, alanceando al dragón, esmalte del siglo XV,
en el Museo de Tiflis, Georgia*

grafías más tardías que eliminaban los aspectos conflictivos. El texto “oficial” aceptado por la jerarquía eclesiástica fue una versión en griego escrita entre los siglos V y VI y que, al parecer, se conservó en el lugar donde se había producido la muerte del santo, en la antigua Dióspolis.

Esta versión “oficial” mantenía el lugar de origen de Jorge —Capadocia—, su pertenencia a una familia noble y cristiana y su formación como soldado en Palestina, donde habría entrado a formar parte de las tropas romanas. El emperador, en este caso, era Diocleciano, a cuya Corte en Nicomedia habría acudido Jorge para desarrollar con brillantez su carrera militar. Por sus méritos y por el valor demostrado en las batallas, Diocleciano le habría nombrado conde, sin saber que era cristiano, cuando sólo contaba veinte años. Pero el santo, tras la persecución ordenada en el año 303, se decidió a declarar su fe y defenderla públicamente. Seguro de que esa actitud le costaría la vida, repartió su fortuna entre los pobres y liberó a sus esclavos, antes de presentarse en el consejo con el propósito de convencer a los senadores de que no ratificasen las sentencias contra los cristianos e, incluso, de que abandonasen sus creencias paganas. Y les dijo:

«¿Hasta cuándo, oh emperador, padres conscriptos y quirites, que siempre habéis hecho uso de buenas leyes, multiplicaréis vuestro furor contra los cristianos, sancionaréis contra ellos medidas inicuas y perseguiréis a hombres inocentes?»

Ante el asombro de los presentes, el joven Jorge se atrevió a defender el cristianismo como única religión verdadera y a tachar de falsos a los dioses paganos. Aquella actitud insolente provocó la ira del emperador, aunque, considerando su poca edad y los méritos que había mostrado como soldado, le ofreció una oportunidad de retractarse. Ante la negativa del santo, contumaz en su postura, Diocleciano ordenó que lo encerrasen en la cárcel.

En ese momento dio comienzo su martirio, que duró siete días (ya no siete años). Fue sometido a toda clase de torturas horribles (muchas de las cuales se recogían también en las primeras *Actas*), pero de la mayoría de ellas se salvó milagrosamente: atado a una rueda que le hacía pasar sobre una mesa llena de afilados cuchillos, la intervención celestial, precedida de un gran trueno, dejó su cuerpo incólume; arrojado a un foso de cal viva, donde permaneció por espacio de tres días, «se halló dentro al varón santo con espléndido aspecto, como si viniese de un festín»; calzado con unas sandalias de clavos ardientes, sus heridas fueron rápidamente sanadas; habiendo ingerido una pócima mortal preparada por el mago Atanasio, el veneno no hizo en él efecto alguno...

Y, mientras tanto, Jorge seguía declarando alegre y orgullosamente su fe en Cristo, e incluso llegó a demostrar la fuerza de su Dios resucitando a un muerto, lo que propició la conversión de quienes presenciaban tales maravillas.



Martirio de San Jorge en el toro de bronce candente, tabla del retablo de San Jorge (Jerónimo Martínez, 1525), en la iglesia de la Merced de Teruel (Foto: Á. Carrera)

La ira del emperador, que atribuía todo aquello a artes mágicas, culminó al séptimo día de los martirios, cuando, instado a entrar en un templo pagano para sacrificar a Apolo, Jorge hizo salir al demonio que poseía a la imagen del dios y la destruyó junto con todas las estatuas del culto imperial. Estalló entonces un gran tumulto entre el pueblo, pero también se sucedieron nuevas conversiones en masa. Una de las nuevas convencidas fue la esposa de Diocleciano, la emperatriz Alejandra (si bien la esposa del emperador se llamó Prisca, en realidad, y sobrevivió a su marido). Diocleciano, presa del furor, ordenó la muerte de ambos. San Jorge, finalmente, fue decapitado. En esta versión del martirio del santo se mantenía la fecha en que, según Pasícrates, había ocurrido su muerte: el vigésimo tercer día de abril.

Como ya se ha indicado, la Iglesia mantuvo siempre un cierto recelo hacia su figura, probablemente por “demasiado heroica”, lo que acercaba peligrosamente a San Jorge a la condición de mito. Al fin y al cabo, los hagiógrafos no consiguieron hallar noticias históricas fundadas sobre él. Por eso se decidió recientemente la supresión de su fiesta en el santoral. Aunque eso no quiere decir que haya sido eliminado del *Martirologio romano*, es decir, del “catálogo” de los santos venerados por la Iglesia, pues se permite que las diócesis en las que se le profese una devoción arraigada puedan incluirlo en sus calendarios litúrgicos particulares, como libre conmemoración.

SAN JORGE EN OCCIDENTE



En el Occidente europeo la figura de San Jorge se conoció muy pronto, a través de la difusión de sus relatos y, también, porque muchos de los religiosos que predicaron el Evangelio en estas tierras fueron orientales. El nombre del mártir capadocio aparece en el *Misal* de San Ambrosio, uno de los Doctores de la Iglesia, obispo de Milán en la segunda mitad del siglo IV; sin embargo, los estudiosos no se muestran unánimes a la hora de aceptar la autenticidad de este dato. Es más segura su inclusión en el libro sacramental de San Gregorio Magno, dos centurias después.

También en el siglo VI, Belisario, general del emperador Justiniano, puso bajo la protección del mártir una de las puertas de la ciudad de Roma. Este dato evidencia, por un lado, la existencia de su culto en esta época y, por otro, la vinculación de las primeras referencias sobre el santo en Occidente con personajes venidos de Oriente, que actúan como introductores de su devoción.

Otra tradición afirma que en la Ciudad Eterna se dedicó a San Jorge, en la primera mitad del siglo VIII, una iglesia en el barrio de Velabro, tras el hallazgo de la reliquia de su cabeza, enviada a Roma por Santa Elena (la madre de Constantino, que encontró, también, la Vera Cruz).

En los siglos VI-VII consta, asimismo, la existencia de su culto en diversos lugares de la actual Italia, como Ravena, Cremona, Sicilia o Nápoles, y también su propagación por los territorios galo y germano, atestiguada mediante la recepción de reliquias (como la que llevó San Germán a París tras su peregrinación a Tierra Santa, en el siglo VI) y la consagración de templos bajo su advocación (como el que, en la misma centuria, le dedicó en Maguncia el obispo de esta ciudad, Sidonio). Por otra parte, existen indicios de que en Inglaterra se le conocía ya en el siglo VIII, aunque tenía aún muy pocos adeptos.

LAS CRUZADAS Y EL AFIANZAMIENTO DE SU DEVOCIÓN EN EUROPA

El arraigo de la devoción a San Jorge, sin embargo, se produjo mucho más tarde, a partir del siglo XII, y ello se debió, en buena medida, al fenómeno de las Cruzadas, iniciadas en 1096. Los cruzados tomaron contacto con el culto al mártir a su paso por Bizancio y Macedonia, camino de Tierra Santa; y, a su regreso, favorecieron su extensión por lugares tan distantes como Inglaterra y los países del Mediterráneo occidental.

Por su condición de militar, no es extraño que la figura de este santo fuese bien acogida entre los guerreros y que pronto se le eligiera como protector de los ejércitos cristia-



San Jorge a caballo, alanceando al dragón, del Breviario de Martín I el Humano, siglo XV (Biblioteca Nacional de París)

nos, especialmente a partir de la difusión del relato que narraba su intervención en ayuda de los cruzados franceses durante el sitio de Antioquía (1098): los soldados afirmaron que, cuando estaban a punto de ser derrotados por los sarracenos en aquella ciudad, se les había aparecido San Jorge a caballo, vestido con una armadura blanca en la que resplandecía una cruz roja, y les había animado a seguir combatiendo sin temor, pues sería suya la victoria. En su nueva condición de santo intercesor en las batallas por la fe, el mártir capadocio gozó de un enorme éxito.

Desde el siglo XII se fue extendiendo progresivamente su patronazgo sobre guerreros, caballeros y armeros cristianos de toda Europa. En Francia abundan sus representaciones desde el siglo XIII y en el XIV fue designado patrono de Inglaterra. En España, aunque conocido al parecer desde el siglo X (puesto que se le incluye en el *Legendario de Madrid* y en el *Pasionario del monasterio de Silos*, que datan de esa época), no alcanzó notoriedad hasta el siglo XIII, principalmente en los Estados de la Corona de Aragón, como veremos.

Otros vehículos decisivos en la propagación de su culto fueron el tráfico comercial y cultural mantenido entre Oriente y Occidente durante toda la Edad Media, sobre todo a través de las peregrinaciones a Santiago de Compostela y a Tierra Santa, y la creación de oficios litúrgicos propios para la celebración del día de su martirio.

San Jorge por doquier

La devoción por San Jorge está atestiguada en todo el mundo a través de los miles de iglesias que se le han dedicado, las numerosas órdenes de caballería que se fundaron con su nombre y su patronazgo sobre varios Estados. En Bizancio, donde arraigó su culto extraordinariamente, revela la importancia de su figura el hecho de que, por ejemplo, se llame brazo de San Jorge a una zona situada en el paso de los Dardanelos. Y evidencia aún más su popularidad el que todo un Estado, la antigua república soviética de Georgia, deba su nombre a este santo.

En Italia se le consagraron pronto también numerosas iglesias, entre ellas la catedral de Ferrara, ciudad de la que es patrón; y lo mismo en Alemania, Austria, Suecia, Suiza, Bélgica, Irlanda, Hungría o Francia.

En época bajomedieval proliferaron las órdenes de caballería puestas bajo su patrocinio en el Franco Condado, Italia, Alemania, Austria, Rusia e Inglaterra, donde se documenta una de las más antiguas y famosas, la de la Jarretera, creada en 1348 por iniciativa del rey Eduardo III. En este país, que se cuenta entre los más afectos al patronazgo georgino y que tiene la cruz roja como enseña nacional, su fiesta había sido declarada como de precepto ya en 1222.

Probablemente, de Inglaterra la devoción georgina pasó a Portugal, donde destacó en su promoción el monarca Juan IV, a mediados del siglo XVII.

Según Á. Canellas, de la universalidad de su culto son también buena muestra «los topónimos con numerosos recuerdos de San Jorge aplicados a islas en casi todos los océanos y mares de la Tierra, desde América Central a Indostán, canales desde Irlanda al Helesponto, o cabos costeros desde Islandia a Turquía. Todo ello, así como las numerosas familias con el patronímico de San Jorge, testimonia a las claras la existencia y devoción a este santo patrón en todas latitudes y épocas».

SAN JORGE Y EL DRAGÓN

En la configuración de San Jorge como patrono de caballeros y guerreros, fue decisiva la difusión de la leyenda que lo presentaba como héroe triunfante sobre monstruos espantosos y salvador de doncellas y gentes desvalidas.

El episodio más popular de la leyenda de San Jorge, el de su lucha contra el dragón y el rescate de una princesa que estaba a punto de ser devorada, no figura, como ya se dijo, en las fuentes más antiguas. Probablemente se añadió a la fantástica biografía del mártir en el siglo XI (de esa época datan las primeras referencias conocidas sobre el monstruo) y arraigó en la religiosidad popular a partir del XIII, como consecuencia de su inclusión en la *Legenda Aurea* (es decir, las “Lecturas de Oro”) de Jacobo de la Vorágine (Giacomo di Varezzo), libro que narra la historia de los santos cristianos y que gozó de gran predicamento en Europa durante la Edad Media.

La leyenda de San Jorge según Jacobo de la Vorágine

«El tribuno Jorge, oriundo de Capadocia, llegó en cierta ocasión a una ciudad llamada Silene, en la provincia de Libia, cerca de la cual había un lago semejante a un mar en el que se ocultaba un pestífero dragón. Éste había puesto a menudo en fuga a la población armada contra él e inficionaba a todos con su aliento, acercándose a los muros de la ciudad. Compelidos por esta razón, los habitantes le daban cada día dos ovejas, para que calmase su furia, pues de lo contrario se arrojaba sobre los muros de la ciudad e inficionaba el aire por todas partes, de modo que muchos perecían. Pero, cuando ya casi les faltaron las ovejas [...], habiéndolo decidido así, le ofrecían una oveja a la que acompañaba un hombre. Así, pues, cuando se hubieron entregado por sorteo los hijos e hijas de todos [...], le tocó la suerte a la única hija del rey, y fue entregada al dragón [...].

Entonces ella se postró a los pies de su padre, pidiéndole su bendición, y [...] se dirigió al lago. San Jorge, que casualmente pasaba por allí, cuando la vio llorar, le preguntó qué le pasaba, y ella le respondió: “Buen joven, monta deprisa en tu caballo y huye, para no morir a la par que yo”. A lo cual respondió San Jorge [...]: “No me apartaré de aquí hasta que no me cuentes qué te pasa”.

Una vez que ella se lo hubo contado todo, dijo Jorge: “No tengas miedo, porque te ayudaré en nombre de Cristo”. Y ella: “Buen soldado, no perezcas conmigo, mas apresúrate a salvarte. Basta con que yo perezca, pues tú no puedes librarme”.

Mientras hablaban así, el dragón, que venía, sacó la cabeza del agua. [...] Entonces Jorge, montando a caballo y haciendo la señal

de la cruz, atacó osadamente al dragón que venía contra él y, blandiendo la lanza con fuerza y encomendándose a Dios, lo hirió gravemente y lo arrojó por tierra. Luego dijo a la doncella: “Hija mía, enlaza tu cingulo al cuello del dragón, sin temor alguno”.

Habiendo hecho esto, aquél la seguía como un perro mansísimo. Cuando lo hubo conducido a la ciudad, la gente, al verlo, se puso a huir por montes y collados, diciendo: “¡Ay de nosotros, pues vamos a perecer todos!”.

Entonces San Jorge les hizo una señal, diciendo: “No tengáis miedo, para esto me ha enviado el Señor a vosotros, para libraros de los suplicios del dragón. Por lo tanto, creed en Cristo y que cada uno de vosotros se bautice, y yo mataré a este dragón”.



San Jorge y el dragón, grabado de Dürero, 1502

Entonces, el rey y todo el pueblo se bautizaron. Y San Jorge, desvainando la espada, mató al dragón y les aconsejó sacarlo fuera de la ciudad. Entonces, cuatro yuntas de bueyes lo condujeron a un campo fuera de la ciudad. En aquel día se bautizaron veinte mil hombres, sin contar a los niños ni a las mujeres. El rey construyó entonces en honor de Santa María y de San Jorge una iglesia de admirable grandeza [y] entregó, además, incontable dinero a San Jorge, quien, no queriendo cogerlo, mandó repartirlo entre los pobres».

El origen de esta leyenda conviene al lugar en donde se ubica el nacimiento y la vida del santo: el levante mediterráneo próximo a la ciudad de Lydda, donde los cultos y mitos solares tenían gran importancia. En efecto, la lucha de San Jorge contra el dragón es un símbolo del combate entre las fuerzas del bien y las del mal, entre la luz y las tinieblas; su victoria se identifica con el triunfo del mundo superior sobre el inferior y, en la interpretación cristiana, con la victoria de Cristo sobre Satán, al igual que ocurre con la historia de San Miguel. La leyenda de San Jorge y el dragón presenta paralelismos muy claros con la tradición mítica de otros héroes de la Antigüedad, de fuerte arraigo en el ámbito sirio-palestino y egipcio: así, las luchas del dios Horus contra Seth en Egipto, Perseo contra la Gorgona y Apolo contra Pitón en Grecia, el dios Reshef contra Dagon en la religión fenicia, Khidr contra Dadjjal en el ámbito islámico, etc.

Por otra parte, según F. Marco, «desde el punto de vista histórico, la bestia herida representa al Estado perseguidor, el adversario por excelencia de los cristianos. De hecho, en la *Leyenda Áurea* el gran dragón aparece así como un dios pagano enfurecido: cuando es muerto, el rey y su pueblo aceptan el cristianismo y se erige una basílica. Ahí radican las razones de la presencia de ese tema mítico en la leyenda de San Jorge, del que se subraya siempre su carácter de invencible en los textos». Este mismo autor propone otras interpretaciones simbólicas de la imagen de San Jorge

como vencedor del dragón: por una parte, algunas de las primeras versiones de las *Actas* antiguas muestran claramente que aquel “dragón del abismo” que había combatido el santo no era otro que el malvado Dadiano, «del que se dice que devoraba carne como una bestia salvaje»; y, por otra, también la salvación de una princesa puede hacer referencia a la emperatriz Alejandra, «salvada para la verdadera religión de las garras del “dragón” maligno (Dadiano, su marido) y, en consecuencia, “renacida” a la vida verdadera gracias al martirio que su conversión, por obra de Jorge, possibilitó».

La configuración del santo mártir como héroe afianzó su devoción entre las gentes y contribuyó a fijar su representación iconográfica más extendida: la de un caballero armado que, sobre un majestuoso corcel blanco, mata al dragón con su espada o con su lanza. Los primeros precedentes de este tipo de imágenes, además del relieve del monasterio egipcio de Bawit, ya mencionado, se encuentran en



Relieve egipcio que representa el combate entre Horus (el Bien, jinete) y Setb (el Mal, cocodrilo), conservado en el Museo del Louvre

las monedas romanas, uno de cuyos tipos tradicionales mostraba al emperador a caballo, con una lanza, sobre un enemigo vencido. Constantino, en el año 327, aparecía en sus monedas atravesando con el lábaro (estandarte con el anagrama de Cristo) a una serpiente.



Así, pues, esta forma de representar el triunfo contra el mal por medio de un caballero que mata a un monstruo o un reptil fue usual en las culturas antiguas. No debe desdenarse, pues, la posibilidad de que San Jorge fuese figurado de este modo al objeto de plasmar simbólicamente su victoria sobre los perseguidores del cristianismo y que, tiempo después, esa imagen se interpretase como un episodio real de su historia; de este modo, la leyenda se habría elaborado a partir de ella.

*Ex-libris de Jorge Monsalvatje, 1876
(Museo de Zaragoza)*

SAN JORGE Y ARAGÓN



SU PRESENCIA COMO PROTECTOR EN LAS BATALLAS

En España, San Jorge fue uno de los dos santos por excelencia a quienes se encomendaron los ejércitos cristianos durante la Reconquista frente a los musulmanes. El otro fue Santiago. Es significativo que este último sea la enseña principal de los soldados castellanos y que San Jorge lo sea para los aragoneses: subyace en ello la rivalidad entre ambos Estados, que hicieron de esta diferenciación de patronazgo una de sus señas de identidad.

La tradición afirma que el origen del patrocinio de San Jorge en Aragón se halla en la batalla de Alcoraz (1096), que supuso la reconquista de la ciudad de Huesca a los musulmanes por Pedro I y posibilitó la posterior configuración de Aragón como un reino extenso y poderoso. De acuerdo con esta tradición, la victoria de las tropas cristianas se atribuyó a la aparición milagrosa del santo a caballo en la batalla, que, según las crónicas, había sucedido simultáneamente a la de Antioquía (aunque en realidad ésta ocurrió dos años después), y en la que también San Jorge habría prestado su ayuda a los cruzados. La historia, sin embargo, parece haber surgido en el siglo XIV, cuando ya se había extendido el patronazgo de San Jorge sobre el estamento caballeresco. En esta centuria aparece escrito

el relato de Alcoraz en la llamada *Crónica de los Estados Peninsulares*, de donde pasó a la *Crónica de San Juan de la Peña* y, después, a las obras de Vagad (1499) y Blancas (1588). Zurita también lo menciona, aunque aludiendo escépticamente a que se trata de un pasaje que recogen «los autores modernos», y Diego de Aynsa, en 1619, lo reproduce con detalle.



San Jorge en la batalla de Alcoraz, tabla central del retablo de San Jorge de Jerónimo Martínez, 1525, en la iglesia de la Merced de Teruel (Foto: Á. Carrera)

La intervención de San Jorge en Alcoraz, según Diego de Aynsa

En la batalla de Alcoraz, hubo un momento en que los caballeros del rey Pedro, aunque peleaban con arrojo, llegaron a creer que iban a ser derrotados, pues los musulmanes eran muy superiores en número; entonces,

«[...] invocando el Rey el auxilio de Dios nuestro señor, apareció el glorioso caballero y mártir San Jorge, con armas blancas y resplandecientes, en un muy poderoso caballo enjaezado con paramentos plateados; venía con un caballero en las ancas, y ambos a dos con cruces rojas en los pechos y escudos, divisa de todos los que en aquel tiempo defendían y conquistaban la Tierra Santa [...]. Y, haciendo señal al caballero de que se apease, comenzaron a combatir ambos tan fuerte y denodadamente contra los moros, dándoles tan mortales golpes, el uno a pie y el otro a caballo, que, abriendo carrera por dondequiera que iban, recogían y acaudillaban a los cristianos.

El caballero que trajo el santo mártir dice la historia [...] que era alemán, al cual, en aquel día y hora, peleando en Antioquía con los demás cruzados, mataron los moros el caballo, y lo rodearon para matarle; y a este punto se le apareció el glorioso San Jorge, sin que el buen caballero alemán entendiese ni supiese quién era [...]. Y, matando a los árabes que estaban a su alrededor, dióle la mano y ayudólo a subir en las ancas de su caballo, y sacólo de la batalla; y súbitamente lo transportó a Aragón, al lugar donde era la batalla del rey Don Pedro con los moros, y señalóle que se apease y

pelease. El alemán [...] saltó en tierra, siempre creyendo que estaba en Antioquía, e hizo maravillas matando moros. Espantáronse los enemigos de la fe viendo aquellos dos caballeros cruzados [...]; y, como Dios les perseguía, empezaron a huir quien más podía. Por el contrario, los cristianos, aunque se maravillaron viendo la nueva divisa de la cruz [...], cobraron esfuerzo hiriendo a los moros, y así los arrancaron del campo, y acabaron de vencer».

A raíz del relato de Alcoraz, los cronistas relacionaron la inclusión de la Cruz de San Jorge en el escudo de Aragón con la decisión de Pedro I de vincular el emblema del santo (la cruz roja sobre fondo de plata) a las armas heráldicas aragonesas, como acción de gracias por la intercesión del mártir en la batalla. Así lo contó Vagad, en 1499:

«[...] y en memoria otrosí del beneficio tan maravilloso que todos habían recibido por haberles así aparecido, y tan armado, y tan vencedor el tan santo y esclarecido mártir [...] San Jorge, por cuyo esfuerzo y favor grande habían echado a los moros del campo, mandó el prosperado y nunca vencido rey llamar a sus oficiales de armas para que asentasen en su escudo real cuatro cabezas de moros negros, sobre campo de plata, con la cruz colorada por medio, como venía blasonado San Jorge. Y aquestas fueron de ahí adelante las reales armas de Aragón».

Sin embargo, los estudiosos consideran inverosímil tal afirmación. Como ya se ha indicado, la devoción a San Jor-

ge en Occidente —también, pues, en Aragón— empieza a difundirse más tarde, a partir del siglo XII, con el regreso de los caballeros cruzados de sus campañas en Tierra Santa. De hecho, el escudo con la Cruz de San Jorge acompañada de las cuatro cabezas de sarracenos no aparece asociado a los reyes aragoneses hasta finales del siglo XIII; y lo hace en un sello real (de Pedro III, en 1281), no en su bandera. En palabras de G. Fatás y G. Redondo, «La cruz roja o de gules sobre campo de plata —la que acabó llamándose de San Jorge— no fue distintivo del Reino de Aragón; en todo caso, y si llegó a serlo, lo fue muy tarde. Estuvo, no obstante, vinculada desde tiempos relativamente tempranos a determinadas instituciones aragonesas. [...] Tradicionalmente se usó de



El rey Pedro I de Aragón adopta la Cruz de San Jorge tras la victoria de Alcoraz, detalle del retablo conservado en la iglesia de la Merced, Teruel (Foto: Á. Carrera)

la cruz roja como emblema específico de la caballería del Reino, y no de su monarquía».

Según estos mismos autores, la heráldica georgina debió de difundirse en Aragón en tiempos de Pedro II, aunque más bien ligada a la persona de este monarca, pues fue



Escudo de Alcoraz, con la Cruz de San Jorge y las cabezas de moro, en el Armorial de Aragón de Gaspar de Torres, 1536

un gran devoto del santo: a él se debe la fundación, en 1201, de la Orden Militar de San Jorge de Alfama. Sin embargo, lo más probable es que, si se usó la Cruz de San Jorge, tanto en el caso de los miembros de esta Orden como en el de los soldados que pelearon en la batalla de Alcoraz, lo fuese como distintivo de cruzada, y no como propio de los soberanos aragoneses.

De hecho, todavía un texto de Pedro IV, fechado en 1359, evidencia que la bandera de San Jorge no era el “señal real”, sino un “sobreseñal” de las tropas de caballería. El monarca *Ceremonioso* escribía en ese año a su hermano el infante Don Fernando:

«Sabad que Nos, por la gran devoción que tenemos al noble San Jorge, hemos ordenado que todas las compañías

de a caballo lleven el día de la batalla sobreseñales con el señal de San Jorge. Y, así, os mandamos y rogamos que vos mismo e igualmente por cada uno de los vuestros hagáis los dichos sobreseñales, que sean totalmente blancos con la cruz roja y bien grande, así por la parte de delante como por la de detrás, de manera que los dichos sobreseñales parezcan y sean conformes con el señal del señor San Jorge».

Sin embargo, al cabo del tiempo la Cruz de Alcoraz, este emblema georgino, acabó formando parte del escudo de Aragón, tal y como puede verse en el que en la actualidad posee la Comunidad aragonesa.

El arraigo de la devoción al santo en Aragón a lo largo de los siglos XII y XIII determinó su asociación con la mayor parte de las empresas guerreras de la Corona. Como consecuencia de ello, proliferaron los relatos que reproducían un episodio similar al narrado sobre Alcoraz en otras muchas batallas de reconquista acometidas por los soberanos aragoneses: así, en las campañas de Pedro II en el Maestrazgo (1210) o en la toma de Mallorca (1229) y de Valencia (1237, batalla del Puig de Enesa) por Jaime I. Éste es el relato que *el Conquistador* hace en su *Crónica*, en 1229, sobre la entrada de sus tropas en Mallorca:

«Y según nos contaron los sarracenos, decían que vieron entrar primero a caballo a un caballero blanco con armas blancas. Y eso debe ser nuestra creencia que fue San Jorge, pues en historias encontramos que en otras batallas lo han visto tanto cristianos como sarracenos, muchas veces».

¿La Cruz contra las Barras?

En el libro *La bandera de Aragón* (Zaragoza, 1978), Fatás y Redondo analizan la extendida y errónea creencia de que la Cruz de San Jorge fuese la bandera de Aragón o la de sus reyes, tradición que se basa en la noticia de que en 1591, cuando Felipe II invadió Aragón tras los sucesos desencadenados por el secretario real Antonio Pérez, la habría enarbolado el Justicia, Juan V de Lanuza, para enfrentarse a este monarca. Ocurría, sin embargo, que Lanuza portaba la enseña de San Jorge no porque ésta representase al Reino aragonés, sino porque el Justicia, por fuero, había de ser necesariamente un caballero; y sacó, pues, el pendón del estamento al que él pertenecía. No podía sacar el real, es decir, las Barras, pues eran del rey; y era el propio rey quien se estaba enfrentando al Reino.

En opinión de Fatás, cuando se da esta situación el estandarte que se opone a Felipe II es el de San Jorge, «sobre todo porque, en esas circunstancias, el Justicia simbolizaba el espíritu de la resistencia jurídica» aragonesa ante la actitud del monarca. Y quizá por eso acaban las Barras y la Cruz georgina por ser los dos emblemas principales de la heráldica aragonesa: las unas, como señal del Reino; la otra, como símbolo de sus derechos y sus fueros, de sus «libertades».

Según el cronista Ramón Muntaner (1265-1336), los soldados que tomaron parte en la campaña bizantina durante el reinado del *Ceremonioso* usaban, como uno de sus gritos preferidos para entrar en batalla, el de «¡Aragón, Ara-



San Jorge ayuda al rey de Aragón Jaime I en la batalla del Puig de Enesa, tabla de Marzal de Sax, hacia 1415, en el Museo Victoria y Alberto de Londres

gón, San Jorge!». Los combatientes invocaban, así, a dos de los elementos que unían a todos los miembros de la Corona aragonesa: el nombre del linaje de sus reyes y el de su santo patrón. Aquella consigna les infundía el coraje necesario para acometer la lucha: «Y este grito les enardeció a todos, y atacaron con tanta fuerza que aquello fue la mayor maravilla del mundo».

Muntaner estuvo en Oriente, con las tropas que mandaba el almogávar Roger de Flor, entre finales del siglo XIII y principios del XIV. Por él sabemos que este caballero incluía la bandera con el señal de San Jorge entre las enseñas de sus tropas: «[...] y yo mandé hacer una gran bandera real del señor Rey de Aragón, y otra del señor Rey de Sicilia, y otra de San Jorge; y estas tres las llevaríamos a la batalla».

Las expediciones realizadas por el Mediterráneo determinaron, por otra parte, la difusión del culto a San Jorge en todos los territorios vinculados a la Corona aragonesa. Es singular el caso de **Cerdeña**, que usó tradicionalmente el escudo de Alcoraz como emblema (Cruz de San Jorge con las cuatro cabezas de moro) y que consolidó su uso en 1952, cuando mediante Decreto logró que se estableciera oficialmente como distintivo de la Región Autónoma de Cerdeña «sobre fondo de plata la cruz roja cantonada de cuatro cabezas de moro vendadas», pues curiosamente estas cabezas no llevan turbante, sino una venda blanca sobre los ojos.

LA DEVOCIÓN DE LOS REYES DE ARAGÓN POR EL SANTO

La devoción personal manifestada por los reyes de Aragón hacia San Jorge fue uno de los factores principales en la consolidación de su patronazgo, primero entre los nobles guerreros y caballeros y, después, sobre todo el Reino. Sobresalieron, en este sentido, Pedro II (1196-1213), Jaime I (1213-1276) y Pedro IV (1334-1387), así como, posteriormente, Martín *el Humano* (1396-1410), grandes devotos del santo. Ya se ha visto que, en 1201, el primero de ellos fundó la Orden de San Jorge de Alfama; la institución gozó en el siglo XIV de un periodo de esplendor y se expandió por todos los Estados de la Corona aragonesa, hasta que en 1400 fue anexionada a la de Montesa y pasó a llamarse Orden de Nuestra Señora de Montesa y San Jorge de Alfama.

Jaime I recogió repetidas veces en su *Crónica* alusiones al favor que el santo le había otorgado en las batallas contra los musulmanes. Este monarca debió de ofrecer, asimismo, un apoyo decisivo a las cofradías de caballeros de San Jorge creadas en Teruel y en Huesca en la primera mitad del siglo XIII. Las referencias sobre la oscense se remontan a 1243, fecha en la que también se cita, por primera vez, la existencia de una iglesia bajo la advocación del mártir. Las noticias sobre la cofradía turolense, pese a que su institución parece que se produjo en 1263 como Compañía Mili-

tar, se inician en 1360, cuando sus miembros acordaron celebrar una misa diaria en honor de su patrón San Jorge.

El principal promotor georgino de la Casa Real aragonesa fue, sin embargo, Pedro IV *el Ceremonioso*, quien consideraba al santo capadocio «áncora de su esperanza». Monarca belicoso, comprometido en continuas campañas de conquista por el Mediterráneo y enfrentado en largas batallas contra Castilla, ordenó repetidamente que sus ejércitos saliesen al campo de batalla con “el senyal” de San Jorge, tal como ya se ha referido al aludir a la carta que envió a su hermano Alfonso en 1359. En el mismo sentido insiste su *Crónica*, donde se afirma que San Jorge «fue siempre y es abogado de las batallas de la casa de Aragón», así como la orden de que se invocase a San Jorge en todas las iglesias de la Corona; lo que se realizó, según Á. Canelas, «introduciendo en el formulario de la misa dedicada al santo mártir la petición de que la lucha contra Castilla se decidiera a favor de Aragón *cum gloria et triumpho*».

Pedro IV creó una cimera especial de uso exclusivo para el rey de Aragón que, desde entonces, fue su distintivo personal, conocido en todas las Cortes europeas: un dragón. Es posible que la familiaridad con la víctima clásica de San Jorge tuviera algo que ver con la idea. Pero el dragón del rey se convirtió de víctima en señal de linaje regio, ya que el “Dragón” fue lo que en Heráldica se llama un “tipo parlante”; del mismo modo que la Casa de Castilla usaba



En grande, Alfonso V, rey de Aragón, con la cimera del “drac alat” sobre la corona, en el Armorial ecuestre del Toisón de Oro, del siglo XV; en pequeño, el original de una de esas cimeras, la del rey Martín I, fabricada en Mallorca hacia 1400 en pergamino hervido revestido de yeso dorado (Real Armería del Palacio de Oriente de Madrid)

un castillo y la de León, el felino de ese nombre, la Casa “d’Aragón” usó un “dragón”, prácticamente homónimo. De este símbolo del apellido regio derivan los “murciélagos” que hoy lucen escudos como los de las ciudades de Teruel y Valencia y otras poblaciones sobre las que el rey de Aragón ejercía su tutela directa. Y por eso abunda el dragón (murciélago o “rat penat”) en los edificios propiedad de los soberanos o sobre los que ejercían patrocinio.

Se conserva, en la Armería del Palacio Real de Madrid, un ejemplar de la antaño famosa cimera del “Dragón d’Aragón”, perteneciente al rey Martín I, esto es, de finales del siglo XIV o principios del XV. De los tiempos de su creador, Pedro IV, la imagen del dragón aparece decorando la techumbre de madera pintada del Palacio Real de Zaragoza (la Aljafería). Más tarde, esta figura fantástica vinculada a San Jorge se verá a menudo como timbre de las armas reales: así, en San Juan de la Peña, en armoriales de finales del siglo XIV y de mediados del XV, en las tumbas reales de la Casa de Aragón, tanto en Aragón como en Cataluña, o en una de las piedras armeras del palacio de la Diputación del Reino, también del XV, que se guarda en el Museo Provincial de Zaragoza y cuya reproducción exacta en tamaño original adorna la entrada de honor de la actual Diputación General de Aragón.

En las *Ordinaciones* dictadas por este mismo soberano, se incluye una en la que establece que en uno de los sellos

de la cancillería de Aragón figure «un escudo en el cual estén las armas de Aragón, que son tales: una cruz por mitad del escudo y en cada cuartel una cabeza de sarraceno». La expresión “armas de Aragón” para aludir a este emblema georgino es explicada por el profesor Redondo «en el sentido de armas regias, probablemente porque creía, como sus antepasados, en el milagro de Alcoraz».

La devoción de Pedro IV hacia San Jorge se manifestó también en el terreno religioso: hacia 1358, el monarca le dedicó una capilla en el palacio zaragozano de la Aljafería, para la que encargó un retablo en 1361, y en varias ocasiones trató de conseguir reliquias del mártir. Con este objeto envió en 1354 a Francisco Colomer a Grecia, al lugar donde se suponía que se conservaba la cabeza del santo, para solicitarla a cambio de favores políticos, sin éxito. Volvió a intentarlo después (1381) a través del vizconde de Rocafort, con idéntico resultado. Hubo de conformarse, al parecer, con la reliquia de un trozo del brazo del santo que en 1377 le enviara su prima Leonor, reina viuda de Chipre; merced que el rey le agradeció vivamente, pues, según sus propias palabras, «entre los otros santos tenemos por éste singular reverencia y devoción, y creemos firmemente que nos ha ayudado en nuestras necesidades y librado de muchas tribulaciones y peligros».

Otros monarcas llevaron a cabo tentativas para conseguir la reliquia de la cabeza (Juan I en 1393 y Martín I en

1399, 1400 y 1402), pero tampoco lo lograron. Martín I alegaba que reclamaba aquel precioso tesoro porque el santo era «cabeza, patrono e intercesor de la casa de Aragón».

Pedro IV continuó la política de sus antecesores de favorecer la creación y dotación de órdenes de caballería bajo la advocación georgina: así, en 1353 estableció una cofradía en Valencia e instituyó la Orden de Caballería de San Jorge, fuerza militar selecta a su servicio, bajo sus órdenes directas y de la que fue primer maestre. Se trataba de «una empresa de nobles y de caballeros» creada «en reverencia del bienaventurado señor San Jorge», cuyos miembros se distinguirían por llevar un manto blanco con la insignia del santo —esto es, una cruz roja— en la parte delantera, sobre el pecho. Aquellos caballeros se obligaban a prestar servicio al rey —personalmente y con los hombres de a caballo que pudiesen aportar, a sueldo del soberano— en todas las campañas que éste emprendiese contra los moros o en cualquier ocasión en que el Reino necesitara ser defendido de ataques extranjeros. Además, consiguió que el papa Gregorio XI confirmase, en 1373, la Orden de San Jorge de Alfama, fundada por Pedro II, y él mismo ratificó esta fundación poco después, en 1384. En 1380 instituyó también otra cofradía en Tortosa.

Los sucesores del *Ceremonioso*, singularmente Juan I, quien desde 1393 se contó entre los miembros del denominado Colegio de los Cien Ballesteros de la Ploma, en

Valencia, empresa adscrita a la cofradía de San Jorge, testimoniaron idéntica voluntad de apoyo a estas instituciones.

De nuevo en palabras de Fatás y Redondo, cabe señalar que «cuando el Reino de Aragón llegó al apogeo de su poder y su influencia, dando nombre a una poderosa monarquía interestatal y extendida por el Mediterráneo, sus soberanos eligieron como devoción personal y patrono de sus conquistas incesantes al más famoso y prestigiado de los santos guerreros que el cristianismo [...] hubiera concebido jamás, y a él invocaban cuando decidían armar caballeros aragoneses». Así ocurría, en efecto, en el siglo XV, en el XVI e, incluso, en una fecha tan tardía como 1678, en el armamento como caballero de Jerónimo Jofre, de la localidad de Luco de Jiloca, en la Comunidad de Daroca: en aquel acto, el marqués de Villalba, Jerónimo Villanueva, dio al nuevo caballero tres golpes con su espada, uno en la cabeza y los otros en los hombros, diciéndole: «Yo os doy el grado de caballero y os decoro con el cín-gulo militar; el señor San Jorge os haga buen caballero».

PATRÓN DE ARAGÓN

San Jorge ha sido considerado patrono de Aragón desde la Edad Media, pese a que no se conserva ninguna disposición canónica al respecto. Ello se debe, seguramente, a que su patronazgo, como ocurrió con otros signos de iden-

tividad del Reino —como el señal real de las barras rojas sobre fondo de oro— estuvo en principio vinculado a la persona del monarca; él mismo, a su vez, símbolo por excelencia de una entidad política en proceso de expansión y afianzamiento.

Como se ha visto, la propia realeza aragonesa desempeñó un papel fundamental en la promoción del culto a San Jorge, sobre todo entre el estamento de los caballeros, a través de la creación de Órdenes Militares y cofradías y de la imposición del uso de la insignia del santo entre los guerreros a la hora del combate.



Interior de la ermita de San Jorge, en Huesca, de hacia 1550 (Foto: G. Bullón)

San Jorge no fue, en los primeros siglos de difusión de su culto en España, un santo de arraigo popular; de ello puede dar fe la escasez de iglesias consagradas bajo su advocación en los territorios de la Corona: en Huesca, la fundación de la del Pueyo de Sancho (junto a la ciudad, donde se supone que tuvo lugar el episodio de Alcoraz) se remonta, según la tradición, a finales del siglo XI, pero las primeras referencias documentales datan de 1243, y el edificio que hoy se conserva fue realizado en 1554. También en Cataluña las iglesias dedicadas al mártir capadocio eran muy escasas en la Edad Media: según Á. Canellas, a principios del siglo XV San Jorge «sólo tenía en Barcelona un altar dedicado en Santa María del Mar, y aun así compartido con Santa Elena».

A partir del siglo XV, y sobre todo en el XVI, se observa un fenómeno de progresiva adhesión al culto georgino entre sectores de la sociedad no tradicionalmente asociados al santo, empezando por los gremios de oficios: así, San Jorge pasó a ser patrón no sólo de caballeros nobles, sino también de los armeros, de los oficiales que construían los aparejos de la guerra. La promoción de su culto, en este periodo, dejó de corresponder al monarca casi en exclusiva para pasar a ser protagonizada por otras instituciones, como las Cortes, la Diputación del Reino o, en Cataluña, la Generalidad. Se trasluce en esa actitud un deseo de revalorizar los símbolos medievales que contribuían a identificar un territorio con una entidad política

independiente. Su actividad fue decisiva en muchos casos: en Cataluña, la Generalidad incluyó, hacia 1430, la conmemoración del martirio del santo, el 23 de abril, entre las fiestas del Principado.

Por su parte, las Cortes aragonesas reunidas en Calatayud en 1461 declararon solemnemente ese día como festivo en todo el Reino: «E assimesmo ordenamos que la fiesta del glorioso Martyr Señor Sant Jorge, que caye a XXIII días de Abril, sia en el dito Regno inviolablemente e perpetua, guardada, observada e celebrada solennement, bien assi como los días del Domingo, e otras fiestas mandadas guardar. E todos los Prelados del dito Regno sian tenidos aquella mandar guardar e observar, ius aquellas penas mesmas que deven e son tenidos fazer observar e guardar los Domingos e otras fiestas». Con este fuero, en opinión de Redondo, los sectores dirigentes aragoneses hacían oficial el patronazgo de San Jorge.

También del siglo XV datan las muestras más antiguas de la utilización de sellos con la imagen de San Jorge para validar los documentos de la Diputación del Reino. Aunque no se conserva ningún ejemplar de las matrices de estos sellos, sí se conocen sus improntas sobre el papel: en ellas se ve a San Jorge a caballo, clavando su espada sobre el dragón que se encuentra a sus pies; va flanqueado por dos escudos, uno con la cruz roja cantonada por las cuatro cabezas de moros (el emblema de Alcoraz) y, otro,

el denominado “Aragón antiguo”, esto es, la cruz de Aínsa o cruz patada con el brazo inferior aguzado.

Ya en el siglo XVI, la Diputación aragonesa dedicó a San Jorge una capilla en su palacio de Zaragoza y procuró promover su imagen tanto en su sede como en muchos de sus



San Jorge a caballo contra el dragón, relieve en piedra por Pere Johan de 1418, en el palacio de la Generalidad, Barcelona



*San Jorge y el dragón. Aguafuerte
de Mateo González, 1790*

actos. La Sala Real del palacio llevaba el nombre del santo y en ella se colocó una escultura que lo representaba en su versión iconográfica más popular: a caballo y en el acto de matar al dragón. La pieza fue realizada entre 1599 y 1601 por Pedro González de San Pedro y Jerónimo de Mora, y costeada por la Cofradía de Caballeros e Hidalgos de San Jorge de Zaragoza. Destruído el edificio durante los Sitios, a comienzos del XIX, de esta obra sólo se ha conservado un grabado de 1790 y una descripción realizada por Dormer en 1680:

«En la testera de la sala, a la parte de Oriente [...], hay un nicho de veinte y dos palmos en alto, bien adornado de arquitectura, con dos columnas, y en ellas sus basas y capiteles [...]; en el fondo del nicho, está San Jorge al natural, a caballo, con espada en la mano, y en acción de herir la sierpe que tiene a los pies, según le representan. Y todo esto es de alabastro, y obra muy celebrada [...]. Cierran este nicho dos

medias puertas con molduras por la parte de dentro, y están allí retratados el martirio, algunas de las maravillas que obró Nuestro Señor por intercesión del santo y las batallas en que apareció en ayuda de los reyes y nuestra en estos reinos».

También en el siglo XVI empezaron a proliferar los templos consagrados bajo la advocación del santo en Aragón: pertenecen a esta época parroquiales como las de Alcalá de Gurrea, Chimillas y Bastarás en Huesca, o las de Alarba, Almonacid de la Cuba, Borja y Moyuela en Zaragoza.

Finalmente, es en ese mismo siglo, en las Cortes de Monzón de 1564, cuando se documenta la primera referencia expresa a la condición de San Jorge como patrono de Aragón, en el mandato dado por Felipe II de que «se guarde de la fiesta del Señor Sant Jorge, Patron deste reyno».

Un antiguo patrón: San Pedro

Si el Reino de Aragón y su monarquía tuvieron un patrono inicial, éste hubo de ser San Pedro y no San Jorge, que parece llegado con bastante retraso, aunque el soldado capadocio acabó alzándose, literalmente, con el santo y la seña en perjuicio del pescador y primer obispo de Roma.

A Pedro se dedicó el venerable monasterio de Siresa, por muchos conceptos cuna de Aragón y escuela de sus soberanos. Igualmente, la primera catedral de Aragón, cuando Sancho Ramírez, segundo de los reyes, decidió dotarse de una ciudad que lo fuera de veras, así como de sede para su Corte

y de un obispado que diera cierta autonomía, necesaria entonces, en materia eclesiástica al joven reino. En la primera de las grandes ciudades de Aragón, Huesca, tomada a los musulmanes en 1096, se erigió el rico monasterio que sirve de tumba a Alfonso I *el Batallador* y a su hermano Ramiro II *el Monje*, padre de Petronila y urdidor del invento que fue luego la Corona de Aragón. Pues bien, también este importante cenobio y mausoleo regio fue dedicado a San Pedro. Hoy es San Pedro el Viejo. Durante mucho tiempo fue el de Pedro, junto con el de Alfonso (éste, por el prestigio del *Batallador*) nombre típico de soberanos aragoneses y de sus hijos y aun hijas, como Petronila o Peronela. Y, además, desde casi el nacimiento de Aragón como reino independiente, su monarca se declaró vasallo directo de la sede de Pedro, a la que pagaba pingües tributos a cambio de recibir su protección feudal que, a los efectos, era como disponer de una especie de tutela de Dios para asuntos políticos.

Nombres de rey, monasterios principales, la primera catedral y un impuesto que sumba la friolera anual de quinientas monedas de oro apuntan al predominio de San Pedro en los negocios aragoneses. Y se ha dicho, con verosimilitud, que las Barras de los jefes de la Casa de Aragón no son otra cosa que una versión de los cintillos de hilos de seda roja y de oro que los Papas prendían en sus documentos sellados. El rey de Aragón los tuvo como propios al ser el único vasallo hispano de Roma: San Pedro era el señor del señor rey de Aragón.

Extractado de G. Faiás en Heraldo de Aragón, 23 de abril de 1995



Detalle del retablo de la antigua capilla de los Jurados en la Cárcel de Manifestación de Zaragoza, óleo sobre tabla de Jerónimo Cósida, hacia 1570 (Museo de Zaragoza)

LA CELEBRACIÓN DE SU FIESTA



La fecha del martirio de San Jorge el 23 de abril fue conmemorada, en todos los territorios de la Corona aragonesa, por los caballeros y cofrades adscritos a su advocación ya desde la Edad Media. Ello que evidencia la intensa vinculación devocional hacia este santo mártir y caballero y la voluntad manifiesta de honrarle por los beneficios que se atribuían a su intercesión.

El inicio de su celebración se produjo en diferentes épocas en Valencia, Cataluña, Aragón y Baleares; y tampoco su desarrollo fue paralelo ni asumió exactamente las mismas fórmulas para manifestarse. Hubo periodos, además, en que la fiesta tuvo un mayor auge, y otros en que entró en decadencia hasta casi caer en el olvido. En el caso concreto de Aragón, su instauración oficial tuvo lugar en el siglo XV, aunque no debió de cuajar entre la población de forma generalizada. Aunque la festividad tuvo sus altibajos, en pleno siglo XX se produjeron celebraciones e, incluso, manifiestos políticos aragonesistas que elegían el 23 de abril, “Día del Señor San Jorge”, para lograr mayor fuerza simbólica. Y asimismo estuvo muy presente en la emblemática institucional aragonesa (las tres Diputaciones provinciales usan la enseña cruzada y la de Teruel tiene como máximo galardón la Medalla de San Jorge).

Recientemente, el arraigo de la festividad se ha producido de forma casi espontánea y de la mano de la voluntad política general, deseosa de afirmar una identidad histórica y cultural propia que se tradujo en la declaración de la fecha del 23 de abril como Día de Aragón mediante la ley de 18 de abril de 1984, al poco de iniciado el régimen de autonomía política derivado de la Constitución de 1978.

LA FIESTA DE SAN JORGE EN LAS EDADES MEDIA Y MODERNA

Las primeras noticias conocidas sobre la celebración del día de San Jorge en la Corona de Aragón datan del siglo XIV y se refieren a Valencia: en 1343, los jurados de la ciudad disponen que el 23 de abril sea festivo, recogiendo, al parecer, una iniciativa anterior del episcopado valenciano. Treinta años más tarde, la ciudad organizó una gran fiesta en honor del mártir con motivo de la recepción de la reliquia de un hueso de su mano, donada por Pedro IV *el Ceremonioso*.

Mallorca se sumó poco tiempo después a la voluntad de honrar al santo instituyendo una fiesta en su día: se conservan diversos bandos concejiles de principios del siglo XV (uno de ellos datado en 1407) en los que se ordena que la fecha del martirio de San Jorge sea conmemorada con carácter de dominical y, por tanto, con prohibición expresa

de realizar trabajo alguno. En 1460, Juan II creó en la isla una cofradía bajo la protección del santo.

El decreto por el que se instauró oficialmente la festividad de San Jorge en Cataluña data de 1436. En el texto se hace referencia a que ya se celebraba con anterioridad por



San Jorge a caballo alancea al dragón, talla en madera de J. M. Orliens (hacia 1595), en la ermita de San Jorge de Huesca (Foto: Á. Carrera)

parte de la nobleza, de los altos cargos de las instituciones catalanas y de personajes próximos a la realeza, que desarrollaban un prolijo ceremonial en el Palacio de la Generalidad. Lo que se pretendía con el citado decreto era que esta conmemoración se extendiera como fiesta de guardar, y dejara de estar reservada a un reducido grupo de notables. En 1456 fue confirmada la celebración para todo el Principado catalán.

Por su parte, la proclamación de la fiesta de San Jorge con carácter oficial para el reino de Aragón se produjo en 1461, en virtud del fuero ordenado por las Cortes reunidas en Calatayud, como ya se dijo. Pese a esta disposición, sin embargo, la jornada no debió de festejarse con la categoría que se pretendía, según se deduce de la orden dada por Felipe II en las Cortes de Monzón de 1564, donde se recordaba a los aragoneses la obligación que sobre ello tenían:

«Por fuero está proveydo que se guarde la fiesta del señor Sant Jorge, Patrón deste Reyno, y aquella de hecho no se guarda: por ende su magestad, de voluntad de la Corte, estatuece y ordena que qualquiere que no guardare la dicha fiesta incurra en pena de sesenta sueldos jaqueses, executaderos privilegiadamente en los bienes de los que no guardaren la dicha fiesta».

Además de las instituciones, en la promoción de la fiesta entre las clases populares desempeñaron un importante papel las órdenes de caballería, por su tradicional vincu-

lación al patronazgo del santo. Así ocurrió, concretamente, en el caso de Huesca: las primeras noticias sobre la festividad de San Jorge datan de principios del siglo XV, en que consta la celebración de oficios en su honor por parte del cabildo catedralicio y del concejo de la ciudad; entre ellos adquiriría singular relevancia la procesión a la ermita del santo. La cofradía de caballeros de San Jorge tenía en estos actos una participación directa, según evidencia la documentación conservada en la catedral oscense.

Posteriormente, en la segunda mitad del siglo XVI, dicha cofradía decayó y llegó a extinguirse; pero no desapareció con ella la fiesta, puesto que el concejo acudió en 1571 a poner remedio al mantenimiento de su templo y de su culto, de forma que pudieran seguir realizándose la romería y los oficios cada 23 de abril.

En Teruel, la Compañía Militar de San Jorge, que a lo largo del siglo XV se mantuvo activa y confirmó en varias ocasiones sus privilegios, elaboró en 1695 un libro de matrícula en el que constan sus estatutos y, además, algunas referencias a las actividades realizadas con motivo de la fiesta de su santo patrón; entre ellas, se establece que se saque en procesión un pendón o estandarte por «el cofrade más antiguo, llevando los cordones los dos más inmediatos en antigüedad. Y que para que dichas procesiones salgan con el lucimiento que se pueda, obligamos por la presente ordinación a todos los cofrades de dicha

Militar Compañía a salir cada uno con una hacha de cera amarilla acompañando al estandarte».

La cofradía zaragozana fue más tardía: se creó en 1457, bajo la advocación de “San Jorge de la Aljafería”, por el lugarteniente de Alfonso V, el futuro Juan II de Aragón. Recibió el nombre de Cofradía de Justadores de Zaragoza y se la dotó de sus convenientes ordenanzas; una de ellas establecía que, en la misa del santo, «cada confrayre haya de venir en su día e fiesta cada anno con su cirio todo blanco con la Cruz de Sant Jorge». Fernando *el Católico* confirmó esta asociación en 1505, cuando se reorganizó para acoger al creciente número de caballeros e infanzones de la ciudad. En las nuevas ordenaciones concedidas por el monarca se indica la obligación de que:

«[...] se solemnice la fiesta del dicho santo en misa, vísperas y sermón, y se haga procesión general el dicho día por la dicha ciudad, y que se haga la festividad en las casas de la Diputación de la dicha ciudad.

[...] Item, se ordena que en la dicha procesión se lleve una bandera donde esté figurada la imagen del señor San Jorge, con sus cordones de armas reales [...]. Se ordena que los cuatro procuradores del dicho capítulo hayan de llevar, el día que se hará la dicha procesión, sendas bandas de raso blanco con sus cruces de raso colorado, las cuales los dichos procuradores lleven a las vísperas, misa y procesión del dicho santo, y todo el día de la dicha fiesta, por honra de aquélla [...]. Y que se hagan cirios blancos con sus cruces coloradas de peso de una libra».

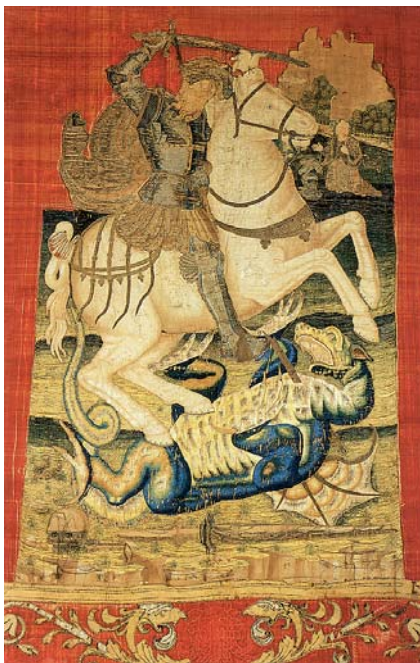
La cofradía zaragozana agrupó en su seno al estamento nobiliario desde 1627 y se vinculó tempranamente a la Diputación del Reino, pero sus iniciativas tuvieron un carácter mucho más restringido que el de la cofradía oscense. No hay constancia de que llegara a popularizarse la festividad de San Jorge; la conmemoración de su patronazgo debió de limitarse a actos institucionales en los que tan sólo participarían los altos cargos de los organismos de gobierno y los miembros de la nobleza.

Existía, sin embargo, una singular excepción: las justas y torneos que tenían lugar el día de la fiesta del santo, que adquirieron una gran resonancia dentro y fuera del Reino durante los siglos XVI y XVII, probablemente por lo desusado de estas prácticas en fechas tan tardías, como un recuerdo de tiempos caballerescos pasados. A ellas aludió Cervantes en *El Quijote*, expresando la voluntad del glorioso caballero andante de ir a Zaragoza para participar «en sus tan afamadas justas», a las que, sin embargo, nunca llegó a acudir para no coincidir con las andanzas del *Quijote* de Avellaneda. Existen referencias a este tipo de festejos en la ciudad aún en 1675, en que se especifica que los caballeros habían de exhibir, para estas ocasiones, el emblema de la cofradía: una bandera con la imagen del santo a caballo.

Con la decadencia de estos torneos, la fiesta de San Jorge quedó reducida a la ceremonia oficial que se organiza-

ba en su capilla en el Palacio de la Diputación, consistente en el rezo de vísperas, la ejecución de piezas musicales y la lectura de sermones y oraciones. Una descripción de la misma y de su protocolo fue realizada en 1717 por Lamberto Vidal. Una significativa muestra de las oraciones panegíricas que se componían para esta fecha es la que escribió en 1779 Fray Manuel de Espinosa; publicada ese mismo año, fue predicada, según indica su título, «a su ilustrísimo capítulo cesaraugustano, compuesto de los tres brazos de Nobles de Aragón, Caballeros Cruzados y Caballeros Hijos-Dalgo en la Real Sala Mayor de la antigua Diputación y Cortes de este Reyno».

Parecidos actos se organizaban en Huesca en el mismo siglo, aunque no dejó de sumarse a ellos la tradicional proce-



Bordado del siglo XVI sobre un repostero de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza

sión a la ermita del Pueyo de Sancho, a la que asistía el común de los ciudadanos junto al cabildo, las personalidades destacadas del concejo y el estamento nobiliario.

LA FIESTA EN LA ACTUALIDAD. EL DÍA DE ARAGÓN

El carácter institucional de la festividad de San Jorge se mantuvo hasta hace pocos años. Sólo en ámbitos locales muy reducidos anidó el fervor hacia el santo caballero: además de Huesca, las poblaciones aragonesas que han celebrado su fiesta tradicionalmente (con manifestaciones similares a las oscenses, es decir, con romerías) son Fraga, Tierz, Cella, Fortanete, Mirambel, Alarba, Almonacid de la Cuba, Borja, Bujaraloz, El Burgo de Ebro, Fayón, Grisel, Herrera de los Navarros, Orés y Paniza. Salvo en estos lugares, la devoción al santo fue siempre propia de minorías cortesanas y ajena al culto popular, lo que se tradujo en la inexistencia una fiesta realmente vivida y sentida por toda la comunidad.

De esta situación dan fe las noticias extraídas de la prensa regional publicada en las cinco últimas décadas. Los únicos actos organizados cada 23 de abril en honor de San Jorge procedían de la iniciativa de corporaciones zaragozanas ligadas desde antiguo a su patronazgo: la Real Maestranza de Caballería y la Diputación Provincial.



San Jorge y el dragón, talla de J. Ramírez, hacia 1755, del retablo mayor de la iglesia de Santa Isabel, en Zaragoza. Esta escultura fue trasladada en los años cincuenta al Palacio de la Diputación, coincidiendo con el impulso dado por la Institución «Fernando el Católico» a la festividad de San Jorge (Foto: Á. Carrera)

La primera, evolución de la antigua cofradía zaragozana de San Jorge por disposición del rey Fernando VII en 1817, reunía cada año a sus miembros, los caballeros maestran-tes, para oficiar en honor de su patrono una misa en la capilla del Real Seminario de San Carlos, tras lo que se obsequiaba a los asistentes con un refrigerio en las casas de la Maestranza.

Por su parte, la Diputación Provincial logró mantener vivo el recuerdo a su santo patrón gracias a la Institución «Fernando el Católico», que organizó anualmente una serie de actos para conmemorar su fiesta. En 1955 se inauguró la costumbre de rendir un homenaje ese día a un aragonés ilustre, iniciativa en la que entraron a participar todas las corporaciones y entidades oficiales de Zaragoza, en espe- cial la Diputación, el Ayuntamiento y el cabildo metropoli- tano. Desde esa fecha, el 23 de abril era celebrado, en pri- mer lugar, con una misa solemne en la iglesia de Santa Isabel o en la del Hospital Provincial, a la que seguían los actos académicos en los salones del Palacio de la Dipu- tación, centrados en torno a la figura del homenajeado. Desde 1959, además, se otorgaron premios a personajes que se hubieran distinguido cada año en algún terreno del arte o de la cultura, entre ellos los trofeos «Ricardo Magda- lena» y los premios «San Jorge».

Eran celebraciones restringidas que no tenían reper- cusión social ni trascendencia más allá de los círculos

académicos o institucionales; pero también constituían una iniciativa loable por ser la única manifestación de una voluntad de conmemorar la fecha de quien fue, desde época medieval, uno de los emblemas distintivos del Reino aragonés.

En los años siguientes se fue afianzando la festividad con la ampliación de los premios y la extensión del ejemplo de la Institución «Fernando el Católico» a otras entidades, como el Centro de Estudios Bilibitanos o la Diputación Provincial de Teruel. Pero ya desde finales de los años sesenta comenzaron a surgir voces que reclamaban una participación más directa de toda la comunidad. En un artículo publicado en *Heraldo de Aragón* el 23 de abril de 1969 y firmado por *Orlando*, se lee: «En muchos pueblos de las provincias de Teruel y Huesca, la fiesta se conmemora con solemnidad religiosa y cesación de toda faena laboral. Es decir, rigurosa fiesta. En las ciudades capitales del antiguo Reino de Aragón, la fiesta adquiere relumbré extraordinario, porque a ella se asocian la nobleza y las diputaciones provinciales, pero falta lo que se llama “pueblo”, es decir, falta la parte principal».

El periodo de transición hacia el régimen democrático propició la institucionalización definitiva del día de San Jorge como fiesta aragonesa. El primer paso se dio en 1977, al ser declarado día no laborable en Zaragoza, pero todavía había que dotar a la fiesta de contenido. La consi-

deración de aquella jornada experimentó un cambio radical al año siguiente, en que juraron sus cargos los consejeros de la recién reinstaurada Diputación General de Aragón. En la prensa se publicó el programa de actos que conmemorarían el acontecimiento y la festividad georgina, junto con la siguiente invitación: «La Diputación General de Aragón, órgano de gobierno provisional de Aragón, ha hecho un llamamiento a nuestro pueblo para celebrar el Día de Aragón. Todos los aragoneses sin distinción deben sumarse a las manifestaciones a celebrar en Huesca a las 7, hoy sábado 22, y en Teruel y Zaragoza mañana, domingo 23, a las 12. ¡Todos por Aragón y su autonomía!».

Había surgido el sentido principal que iba a animar la celebración del día de San Jorge a partir de entonces: la reivindicación de la identidad aragonesa. La reacción popular desbordó todas las previsiones. Se calcularon en 200.000 las personas que participaron en las manifestaciones convocadas en las tres capitales aragonesas reclamando la plena autonomía para la Comunidad.

Esa multitudinaria expresión autonomista no volvió a repetirse en los años posteriores, en los que el Día de Aragón se caracterizó por la “atomización”, debido a la voluntad descentralizadora de las instituciones, que llevaron la fiesta oficial a diversos pueblos y ciudades. Así, en 1979 los actos organizados por la Diputación General se desarrollaron en Fraga, Alcañiz y Tarazona; en Huesca, las peñas

recreativas celebraron las primeras fiestas de San Jorge, mientras que en Zaragoza los partidos políticos de izquierdas convocaron el acto “Luchemos por la autonomía”. En la capital aragonesa hubo también festejos populares en el Parque de Atracciones y en el del Tío Jorge, estos últimos convocados por diversas asociaciones de vecinos. Por su parte, la fiesta en Teruel también mostró dos vertientes diferenciadas: una más académica, organizada por la Diputación Provincial, y otra autonomista, celebrada el domingo día 22 (ya que el lunes 23 no fue festivo en la ciudad, lo que provocó airadas reacciones) con actos reivindicativos por la firma de un Estatuto autonómico para Aragón.

El Día del Libro

El 23 de abril es, también, el Día del Libro, para conmemorar la muerte de Miguel de Cervantes, en idéntica fecha de 1616. Dicen los sabios que ese día es más bien el de su entierro, en el convento trinitario descalzo de la calle de Cantarranas (hoy, de Lope de Vega), en Madrid, y que probablemente murió un día antes, el 22.

A menudo se dice que es un azar verdaderamente asombroso que Cervantes y Shakespeare murieran el mismo día del mismo año: el 23 de abril de 1616. En efecto, es una coincidencia inverosímil, sorprendente. En sus respectivos países de origen, ambas fechas están consagradas y tiene su encanto que así sea, aunque no responde completamente a la verdad. Primero, porque parece más seguro que Cervantes muriese el 22. Segundo,

porque, en 1616, el día que la Inglaterra protestante llamaba 23 de abril, fue un día de mayo en la Europa católica y, por ende, en España: el Papa había cambiado el calendario hacía ya treinta y cuatro años.

[...] Para 1545, los defectos de cálculo del calendario, que asignaba al año una duración de 365 días y cuarto (cuando dura unos once minutos menos), habían producido ya un desajuste de diez días. El Concilio de Trento, en 1545, pidió al Papa que corrigiese el error para que las estaciones volvieran a empezar en el día debido del calendario. [...] En marzo de 1582, Gregorio XIII (por eso lo de “calendario gregoriano”), decidió que el 5 de octubre de ese año se transformase en 15, para que el 21 de marzo siguiente coincidiese de nuevo con el equinoccio de primavera. En 1582, pues, hubo diez días que no existieron y, con leves retoques, tal es el calendario que usamos y que se ha extendido por la mayor parte del mundo. En ese mismo 1582, las principales monarquías católicas cumplieron con el deseo papal. Pero Inglaterra no adoptó hasta 1752 la reforma “papista”, tan enemistados como estaban sus reyes con Roma. Al mantener la cuenta antigua, el 23 de abril inglés de 1616, en España hubo de corresponder, me parece, al 4 de mayo. Shakespeare, pues, murió un 23 de abril inglés y un 4 de mayo español; si no fue el 5, porque habría que hacer la cuenta de los once minutos que los ingleses seguían retrasándose cada año y añadir a eso el leve retoque que suponen los años bisiestos. [...]

En la tumba de Shakespeare no se inscribió nombre alguno. En la de Cervantes, tampoco: ni siquiera sabemos cuáles son sus admirables huesos. También en eso los unió el destino.

Extractado de G. Fatás en Heraldo de Aragón, 23 de abril de 1999



Manifestación autonómica en Zaragoza, el Día de San Jorge de 1978

La respuesta ciudadana a las movilizaciones autonomistas fue mucho menor en los años siguientes, hasta llegar incluso a dejar de convocarse. Sí se mantuvo la dispersión



San Jorge y el dragón, relieve en alabastro por Damián Forment (1521-1534) del retablo mayor de la catedral de Huesca

de los festejos, lo que redundó en perjuicio del carácter festivo de la jornada, que incluso volvió a ser un tema debatido en el ámbito laboral, pues esa fecha había sido declarada por la Dirección de Trabajo “fiesta tradicional recuperable”. El 22 de abril de 1981, publicaba el *Heraldo* un artículo de J. A. Gracia en el que se hacía un balance del primer lustro del día de San Jorge: «Cinco años de experiencia arrojan un triste balance en el esfuerzo colectivo por reinstaurar la fiesta y, sobre todo, por hacerla llegar a las gentes. [...] San Jorge es, desde hace ya un lustro, día de fiesta, pero su patronazgo no acaba de congregar a la comunidad aragonesa». Mayor decepción se advierte en los comentarios de prensa del día 24: «Ayer, si

hemos de hacer caso al calendario, que señalaba la festividad de San Jorge, era el Día de Aragón. Circunstancia ésta apenas notada en unos cuantos ciudadanos que se dedicaron a correr diez kilómetros y en otros que asistieron a un matarratos que el Ayuntamiento organizó en la plaza de toros. [...] El Día de Aragón se nos ha quedado en nada».

Esta situación trató de ser remediada en Zaragoza por iniciativa del Ayuntamiento, que desde 1982 hizo coincidir el inicio de los programas culturales de primavera con el día de San Jorge, tratando de darle un carácter más popular. A estas alturas, todavía menudeaban las llamadas telefónicas a la Diputación General de Aragón por parte de ciudadanos particulares e incluso de Ayuntamientos para cerciorarse de que el día de San Jorge era festivo.

En 1984, la Diputación General de Aragón declaró el día 23 de abril como Día de Aragón. Ese año, los actos centrales se desarrollaron en Teruel y en los años siguientes la fiesta se celebró en Huesca, Fraga y Caspe, Villanueva de Sijena, Ejea de los Caballeros y Calamocha. Por su parte, diversos ayuntamientos de la Comunidad convocaban sus propios festejos para la ocasión: Calatayud, Alcañiz, Sabiñánigo, Binéfar, Barbastro, Monzón y Jaca, entre ellos. La fiesta, poco a poco, iba calando entre la población, incluso a pesar de que en algunos casos los actos revistieron un carácter excesivamente oficialista y de que en otros la jornada se deslució por fallos de convocatoria, ausencia de

programaciones atractivas o circunstancias meteorológicas adversas (como sucedió en 1988 en Sijena).

Las movilizaciones reivindicativas volvieron a ser las protagonistas en los años 1992 y 1993: las manifestaciones por la plena autonomía para Aragón tuvieron un respaldo popular multitudinario. Los titulares de la prensa proclamaban, el 24 de abril de 1992: «Aragón fue un clamor autonomista». El acontecimiento se repitió en 1993, en que se desplegó una colosal bandera de Aragón, de 3.000 metros cuadrados, en la plaza del Pilar.

Los demás actos programados para la jornada han seguido, desde entonces, en la línea doble, académica y de fes-



Representación del ¿Matamos al dragón?, por los titiriteros de Binéfar

tejos populares, que ha caracterizado al Día de Aragón desde hace décadas: entrega de premios a personalidades y entidades destacadas de la cultura, el deporte, la economía o los valores humanos, por un lado; conciertos, exposiciones, recitales, animación de calle, deportes, juegos infantiles y comidas campestres, por otro. También en las otras dos capitales aragonesas se celebra el Día de Aragón con actos similares, manteniéndose en Huesca la secular tradición de la romería a la ermita de San Jorge.

Premios y Medallas

Desde 1984, la Diputación General de Aragón otorga, con motivo del Día de San Jorge, los Premios Aragón, máxima distinción concedida por la Comunidad Autónoma: con ellos se expresa el reconocimiento institucional a una labor continuada o de especial notoriedad en las áreas de la cultura, la ciencia, la tecnología o los valores humanos.

El mismo día se conceden, asimismo, las Medallas San Jorge a los valores humanos y al mérito social, cultural, deportivo y profesional. Y el día anterior, el 22, las Cortes aragonesas proceden, en una recepción oficial que se celebra en el Patio de Santa Isabel, en el palacio de la Aljafería, a entregar las Medallas de las Cortes, la máxima distinción que concede esta institución aragonesa.

La imposición de la Cruz de San Jorge es, asimismo, el principal acto oficial que organiza la Diputación Provincial de Teruel, pues también lleva el nombre del Patrón de Aragón el máximo galardón que otorga la Corporación turolense.

**Aragón. Ley de 18 de abril de 1984, por la que se declara
“Día de Aragón” el 23 de abril, tradicional
conmemoración de San Jorge**

El presidente de la Diputación General de Aragón.

Hago saber que las Cortes de Aragón han aprobado y yo, en nombre del Rey y por la autoridad que me confieren la Constitución y el Estatuto de Autonomía, promulgo y ordeno la publicación de la siguiente Ley.

Es indudable que, desde el siglo XIII, tanto la Monarquía aragonesa como el Ejército del Reino adoptaron el patronazgo de San Jorge. Ello parece lógico en ese momento de Reconquista, dadas las connotaciones militares que el santo reunía. A partir de entonces, empiezan a proliferar iglesias dedicadas al mártir y las tropas aragonesas adoptan sus símbolos, especialmente a partir de la batalla de Alcoraz, cuyo relato recoge el historiador aragonés Jerónimo Zurita en sus *Anales*. Consecuencia de ello serán las innumerables muestras iconográficas, pictóricas, literarias, religiosas e incluso heráldicas que acreditan la tradicional vinculación de la figura de San Jorge a Aragón.

Igualmente, el hecho de que las Cortes aragonesas de 1461, celebradas en Calatayud, declararan festivo para todo Aragón el 23 de abril, día de San Jorge, decisión que se vería ratificada en las celebradas en Monzón en 1564.

El 10 de abril de 1978, la Diputación General de Aragón adoptó el acuerdo de declarar como “Día de Aragón” el 23 de

abril, día de San Jorge, efeméride que en uso de las facultades que en materia laboral atribuye a la Comunidad Autónoma la ley 10/1980, de 8 de marzo, aprobatoria del Estatuto de los Trabajadores, fue posteriormente establecida por el órgano de Gobierno aragonés como festivo.

El día 23 de abril de 1978 se vio definitivamente ratificado el tradicional sentido popular de la fiesta, que debe ser expresivo símbolo de la identidad histórica de Aragón, al mismo tiempo que de la unidad de los aragoneses.

La sensibilidad de las Cortes de Aragón en pro de la conservación y fomento de los símbolos propios de la singular identidad histórica aragonesa aconseja su consolidación como rango de Ley.

Artículo 1º. Se declara “Día de Aragón” el 23 de abril de cada año, tradicional conmemoración de San Jorge.

Artículo 2º. A todos los efectos, incluso laborales, la indicada fecha se considera festiva en todo el territorio de Aragón.

DISPOSICIÓN FINAL

La Ley entrará en vigor el mismo día de su publicación en el Boletín Oficial de Aragón.

Por tanto, ordeno que todos los ciudadanos, Tribunales, autoridades y poderes públicos a los que corresponda observen y hagan cumplir esta Ley.

Zaragoza, 18 de abril de 1984
Santiago Marraco Solana

Presidente de la Diputación General de Aragón



*Tabla central del retablo de San Jorge, por Bernat Martorell,
hacia 1440 (Instituto de Arte de Chicago)*

SAN JORGE EN EL ARTE



San Jorge ha sido representado, tradicionalmente, en cuatro modalidades diferentes: como soldado de a pie, con atuendo militar; como victorioso jinete que combate a un dragón (el tipo más popular y extendido); como mártir en las escenas de su suplicio, solas o formando una serie completa; y como protagonista de los diversos milagros que, según las leyendas que se fueron tejiendo alrededor de su figura, obró en favor de quienes le veneraban (muy especialmente, su aparición en el transcurso de las batallas contra el infiel). En todos los casos, San Jorge está caracterizado como un joven imberbe, en correspondencia con la poca edad que contaba cuando se produjo su martirio.

Las imágenes del monasterio egipcio de Bawit, datadas entre los siglos V y VI y que se consideran las más antiguas en las que aparece el santo, se atienen ya a algunos de estos modelos fundamentales. En un fresco hallado en una de las columnas de la iglesia, se le ve de pie, vestido como militar romano e identificado mediante una leyenda con su nombre. Un relieve procedente también de este monasterio lo muestra a caballo, sostenido por dos ángeles. Y, finalmente, en una talla en altorrelieve, está figurado como jinete que clava una lanza sobre un monstruo que se retuerce a sus pies.

La evidencia de esta última modalidad iconográfica en fecha tan temprana, siglos antes de que se formulara la leyenda del santo vencedor del dragón y liberador de una princesa, ha llevado a los estudiosos, entre ellos a Alberto Montaner, a considerar probable el hecho de que la imagen «se tomase en principio como una representación alegórica de la victoria sobre el demonio o sobre las autoridades imperiales paganas, y no como una escena real de la vida del santo».

Ésta es, por lo demás, la figuración arquetípica de San Jorge: ataviado con vestimenta militar (romana o medieval), y sobre un caballo (generalmente, blanco), alancea a un monstruo situado a sus pies o bien lucha con él. El modelo se difundió a partir de las representaciones murales en las iglesias rupestres de Capadocia y de una posterior intermediación bizantina, y se generalizó en la Baja Edad Media. Con anterioridad, el santo solía aparecer también como soldado de a pie, como caballero sin dragón, o bien en actitud de oración. Cada una de estas variantes responde a una determinada influencia: en general, se atribuye un influjo bizantino para las representaciones de San Jorge como militar a pie, pues en Bizancio se le rindió culto, principalmente, bajo su carácter de santo guerrero. En su liturgia se le otorgó el epíteto de *Trophaiophóros*, “el portador de trofeos”, esto es, “el victorioso”, denominación que en Occidente se trocó en *patronus equitum* (“el patrono de los caballeros”) o *christianorum militum propugna-*

tor (“el protector de los soldados cristianos”). Este tipo de representación abundó mucho en el siglo XV y decayó a partir del XVI. Sin embargo, uno de los ejemplos más sobresalientes de este modelo data de las últimas décadas del siglo XVIII: entre 1780 y 1781, Francisco de Goya incluyó a San Jorge entre los mártires que rodean a la Virgen en la cúpula *Regina Martyrum*, del Pilar de Zaragoza. Vestido a la romana, con una capa azul, el santo está de pie, apoyado en su lanza, de la que pende una bandera con la cruz roja que lo identifica.

Su representación aislada como guerrero a caballo, que probablemente derive del arte copto, es una modalidad menos común, pues, por lo general, la imagen ecuestre suele ir asociada a su victoria sobre el dragón. En ambas variantes, el color del caballo del santo es siempre blanco, quizá por reminiscencias de la religión iraní, tal como ha señalado F. Marco, pues de ese color eran los caballos consagrados a la principal divinidad del mazdeísmo. En este caso, quizá la pieza más destacada sea el políptico de la *Adoración del Cordero Místico*, tabla debida a Jan van Eyck y realizada en 1432 para la catedral de la ciudad flamenca de Gante; en ella, San Jorge aparece, junto con otros santos guerreros, acudiendo a adorar al *Agnus Dei* sobre una montura blanca.

La influencia egipcia fue determinante, al parecer, en la constitución de la variante iconográfica que lo figura alan-

ceando al dragón. En palabras de Montaner, «tomada literal o alegóricamente, su representación ha permitido a los artistas durante más de ocho siglos explayarse en los detalles del caballero en acción, del horrible monstruo, de



San Jorge en la cúpula Regina martyrum del Pilar de Zaragoza. Goya, 1780-1781

la aterrorizada princesa y, a partir de determinado momento, del paisaje de fondo e incluso de los restos humanos esparcidos como sobras de las anteriores comidas de la bestia». Puede presentársele de pie, en una escena estática que ofrece la victoria ya consumada sobre el dragón, o más frecuentemente a caballo, en composiciones más complejas y dinámicas, que presentan el momento del combate. La primera modalidad, que tiende a desaparecer a partir del

Renacimiento, abunda, sin embargo, en el arte aragonés. La segunda posee variantes en función de que el santo emplee en la lucha una espada o una lanza. En Bizancio y los territorios islámicos, lo más usual es que San Jorge clave esta última arma sobre el dragón, como si fuese un picador, mientras que en Occidente, seguramente

como innovación introducida por los cruzados a finales del siglo XI, se tendió a representar al monstruo frente al santo, y a éste arremetiendo contra él en una carga de choque.

En Europa, la imagen más antigua en la que se muestra este combate se halla en el tímpano de la catedral de Ferrara, realizado hacia 1155. El auge de esta iconografía georgina corresponde, sin embargo, al siglo XV, al que pertenecen algunas de las piezas más tempranas en el arte aragonés: destaca, entre ellas, la imagen incluida en el retablo de la Magdalena de la iglesia de Ambel. También fue ésta la variante más utilizada en Cataluña, donde se conservan numerosas obras de esta época. Frente al



Retablo del Centenar de la Ploma, de Valencia, atribuido a Marçal de Sax, finales del s. XIV (Museo Victoria y Alberto de Londres)

tipo elegido por la Generalidad para figurarlo, en el que el santo porta una lanza, la Diputación aragonesa optó por el combate a espada y sin escudo. Así aparecía en la sala principal del antiguo Palacio de esta institución.

Es, por el contrario, muy escasa la representación del santo en su martirio, salvo cuando se reproduce el ciclo completo del mismo. Así, en los retablos que se consagran a su advocación, en que suelen verse algunas de estas



Decapitación de San Jorge, tabla del retablo de San Jorge de Jerónimo Martínez, 1525, en la iglesia de la Merced de Teruel (Foto: Á. Carrera)

escenas en la parte baja o banco, basadas, por lo general, en la narración de la *Legenda Aurea*. La única obra en Aragón en la que aparece esta variante iconográfica es el retablo encargado en 1524 por la Real y Militar Compañía de Teruel al pintor Jerónimo Martínez para la iglesia de San Miguel, conservado hoy en la de la Merced de esta ciudad. Las imágenes del martirio remarcan el sufrimiento del santo ante los terribles tormentos padecidos, así como su triunfo tras la muerte con la llegada de su alma al cielo. Además, en el cuerpo del retablo se sitúan, en primer lugar, los pasajes milagrosos de carácter “histórico”, que ilustran la vinculación de Aragón con su santo patrón; en la parte superior, se representa a San Jorge como héroe vencedor del dragón y salvador de la princesa.

Es esta intervención del santo en las batallas, en calidad de patrono de los caballeros cristianos en su lucha contra el Islam, el único motivo que abunda en el arte sobre los milagros que se atribuyen a San Jorge tras su muerte.

Aunque el más representado es el episodio de Alcoraz, también se conservan en Aragón algunas imágenes sobre su aparición en la batalla de Antioquía —con la salvación del caballero alemán que después, según la tradición, el propio santo trasladó al combate que se desarrollaba en Huesca— o en la del Puig de Enesa: un retablo de Marzal de Sax conservado en el Museo Victoria y Alberto, de Londres, reproduce en su tabla central este último milagro.

SAN JORGE EN EL ARTE ARAGONÉS

Según la catalogación de Montaner (*El Señor San Jorge, Patrón de Aragón*, 1999), que completa la realizada por Wifredo Rincón y Alfredo Romero (*Iconografía de los santos aragoneses*, 1982), en Aragón se conserva un centenar de obras que contienen una representación de San Jorge o están a él dedicadas. Del siglo XII se admiten, aunque con identificación dudosa, dos capiteles del claustro románico del monasterio de San Pedro el Viejo de Huesca y otro en el ábside románico de la Seo de Zaragoza. Tras estas piezas, quizá la muestra más antigua sea el plato de cobre repujado que se guarda en la parroquial de Orés (Zaragoza), del siglo XIV, en el que aparece el santo ecuestre en combate con el dragón, junto con la princesa a la que salva.

En escultura sobresalen las imágenes del santo que aparecen en los retablos mayores de la catedral de La Seo (Hans Piet de Ansó, 1473-1475), de la basílica del Pilar (Damián Forment, 1509) y de la catedral de Huesca (también de Forment, 1521-1534), así como en el de la capilla de San Miguel en la catedral de Jaca (Juan de Moreto, 1523); los de la ermita de San Jorge en Huesca (Juan Miguel Orliens, 1595-1597) y la iglesia de Villarroya de la Sierra (Teruel, 1669), el rococó de la iglesia de San Jorge en El Villarejo (Teruel, siglo XVIII), el mayor de Fuentes Claras (Teruel, siglo XVIII) y el de la Sagrada Familia de la iglesia de Illueca (Zaragoza, siglo XVIII). Hay, además, algunas



Bandeja de cobre repujado, siglo XIV, iglesia parroquial de Orés

tallas destacables, especialmente la del trascoro de la capilla de los Santos Corporales en la colegiata de Santa María de Daroca (siglo XV), la de la iglesia parroquial de Guadalaviar (Teruel, siglo XVII) y la del remate del trascoro en la colegiata de Santa María de Calatayud (siglo XVII).

En cuanto a la pintura, son reseñables el retablo gótico de la ermita de la Virgen de las Cuevas en Caminreal (Teruel, siglo XVI) y los renacentistas de la Magdalena en la iglesia parroquial de Ambel (Zaragoza) y de San Jorge en la de la Merced en Teruel, así como los óleos conservados en la ermita de San Martín en Mirambel (Teruel) y en las iglesias de Aluenda (Zaragoza) y Yebra de Basa (Huesca). En el Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza se guarda el retablo de la Cárcel de la Manifestación del Reino, pintado por Jerónimo Cósida hacia 1569, en el que se incluye una escena dedicada al mártir capadocio. También del siglo XVI es el repostero de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza, en el que se bordó la imagen de San Jorge matando al dragón con su espada.



Escultura en alabastro, siglo XV, retablo mayor de la Seo, Zaragoza

A los siglos XVII y XVIII corresponde la mayoría de las piezas conservadas; destacan, entre otros, el retablo de la iglesia de Ainzón, los lienzos de la capilla del Santo Cristo en la iglesia de la Virgen del Río y de la catedral en Tarazona, el de la capilla de San José en la colegiata de Daroca y el retablo de San Andrés en la basílica de San Lorenzo en Huesca, así como las imágenes conservadas en las parroquiales de Almonacid de la Sierra, Fuendejalón, Illueca, El Villarejo, Villarroya de la Sierra, Alcalá de Gurrea, Almudévar, Chimillas, Fuendetodos, Fuentes de Ebro, Navasa y Villastar, y la talla en yeso que orna la embocadura de la capilla de San Vicente en la Seo de Zaragoza. José Ramírez de Arellano



Pintura anónima del s. XVI, Ruesta, Museo Diocesano de Jaca



Tabla anónima, siglo XVI, en la iglesia parroquial de Caminreal



realizó, hacia 1755, la talla que aparece en el remate del altar mayor de la Real Capilla de Santa Isabel, en Zaragoza, y casi tres décadas más tarde pintó Goya la figura de este santo en la cúpula *Regina Martyrum* del Pilar, ya comentada.

Del siglo XIX son las esculturas que guardan las iglesias parroquiales de Fuentes de Ebro y de Nuestra Señora del Portillo de Zaragoza, así como los óleos sobre sarga que pintó Martín Coronas para la capilla de Santa Lucía de la catedral de Huesca y para la iglesia de San Vicente el Real de la misma ciudad. En el siglo XX destacan el óleo de Manuel Navarro López y Leopoldo Navarro Oros conservado en el Ayuntamiento zaragozano (1943), las pinturas de José Baqué Ximénez para la parroquial del lugar de San Jorge (Huesca, 1957) y la capilla de San Jorge en la iglesia de Santa Isabel de Zaragoza

San Jorge triunfa sobre el dragón,
altorrelieve del siglo XV en la capilla de los
Corporales de la colegiata de Daroca

(1962), así como el óleo de Ángel Aransay de la colección Saiz Navarro, también en Zaragoza.

En la década de 1980, Natalio Bayo realizó diversas obras de tema georgino, entre las que cabe citar *Barras quemadas* y *San Jorge y el dragón reptante*, ambas de 1983, así como *San Jorge a pie con el dragón abatido* (1984) y la serie de aguafuertes *San Jorge, la Doncella y el Dragón*, de 1989.



Escultura de Juan de Moreto, 1523, capilla de San Miguel, catedral de Jaca



San Jorge y el dragón reptante (1983),
San Jorge según Mantegna (1983)
y San Jorge abanderado (1984), por Natalio Bayo

BIBLIOGRAFÍA



- DURÁN GUDIOL, A.: «San Jorge», en *Gran Enciclopedia Aragonesa*, UNALI. Zaragoza, 1981.
- ESPINOSA, Fray Manuel de: *Oración panegírica de San Jorge Mártir*. Zaragoza, 1779. Edición a cargo de G. Fatás y G. Redondo, Zaragoza, 1982.
- FATÁS, G. y CAPALVO, Á.: *El Escudo de Aragón*, Colección CAI100, nº 19. CAI, Zaragoza, 1999.
- FATÁS, G. y REDONDO, G.: *La bandera de Aragón*. Guara, Zaragoza, 1978.
- GALINDO ANTÓN, J.: *San Jorge, los fueros y Calatayud*. Librería General, Zaragoza, 1981.
- MARCO, F. y CANELLAS, A.: *San Jorge de Capadocia*. Oroel, Zaragoza, 1987.
- MARCO, F., MONTANER, A. y REDONDO, G.: *El Señor San Jorge, Patrón de Aragón*. Colección «Mariano de Pano», Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1999.
- RINCÓN, W. y ROMERO, A.: *Iconografía de los santos aragoneses*. Librería General, Zaragoza, 1982.
- SEBASTIÁN, S.: *Iconografía e iconología en el arte de Aragón*. Guara, Zaragoza, 1980.
- SERRANO, E.: *Tradiciones festivas zaragozanas*. Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1981.
- VV. AA.: *Enciclopedia Temática de Aragón*, vol. I (Folklore y música). Moncayo, Zaragoza, 1986.



31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical en Aragón** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos de Aragón** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel** • Gonzalo Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla. Un pintor de la Restauración** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez
46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán
49. **Bíbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno
50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** • José F. Forniés Casals
51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M^a Victoria Escribano Paño

- 55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
- 56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
- 57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
- 58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
- 59. **San Jorge** • Equipo de Redacción Cai100



- 60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
- 61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
- 62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
- 63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
- 64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
- 65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
- 66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
- 67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
- 68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín
- 69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
- 70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
- 71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
- 72. **El sistema productivo en Aragón** • Jose M^a García López
- 73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón
- 74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
- 75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra